

860-11866) ca. 1905

C 3 34

97

BOLIVAR CASAL GUAYALON

MISCELANEA



1912
p. 90

GUAYAQUIL

Imp. de EL TIEMPO

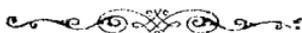
CALLE DE AGUIRRE Y PEDRO CARBO

1905

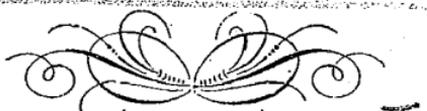
860 1 (866) Casos
07114

—BOLIVAR CASAL CUCALON—

MISCELANEA



PROSOPY VERSO CINCO ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
No 7344	AÑO 1991
PRECIO	DONACION

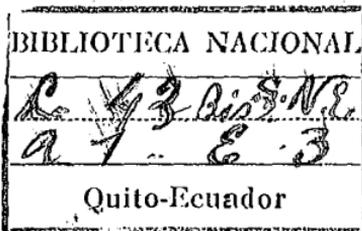

0002850 - J.

GUAYAQUIL

Imp. de EL TIEMPO

CALLE DE AGUIRRE Y PEDRO CARBO

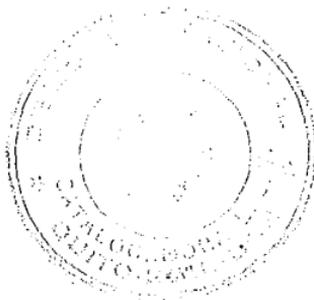
1905



Al infatigable luchador radical Sr-

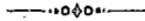
Luciano Coral.

El Autor.





LA PLUMA



Vaya atrás el retroceso
Que á las conciencias abruma;
Álcese libre la pluma
Entre la Paz y el Progreso;
Caed, ídolos de yeso,
Al centellar de la Idea,
Y que esa derrota sea
Ante el mundo americano,
El esfuerzo soberano
De una Nación sin librea!

¡La pluma! El inmenso atleta
Apóstol del pensamiento,
Que en suave ó terrible acento
La Libertad interpreta;
La hermana fiel del poeta,
La compañera del Arte,
Que ya se inclina ante Marte
Ó se descubre ante Apolo,
Hoy levanta polo á polo
Su immaculado estandarte.

Azote de la conciencia
Y de las virtudes guía,
Derroca la tiranía
Y conduce hacia la Ciencia;
En la mundana existencia

Es Judas ó Prometeo:
 Ora avance al apogeo,
 Ora descienda hasta el lodo,
 Ella es en el mundo todo:
 Apóstol, mártir ó reo.

Tiranos que se elevaron.
 Alabismo descendieron;
 Grandes sabios que cayeron
 Con la pluma se salvaron,
 Pueblos que se esclavizaron
 A tristes preocupaciones,
 Levantaron sus pendones
 Y en guerra tremenda y santa,
 Pusieron bajo su planta
 A las frailescas legiones.

A la canalla inconsciente
 Que insulta á sus redentores,
 Con sus rayos destructores
 Ella quebranta la frente;
 Al pueblo altivo y valiente
 Que ante el agio y el cohecho
 Ópone su noble pecho
 Y llega hasta la victoria,
 Ella lo eleva á la Gloria
 Ante el Honor y el Derecho.

Es invierno ó primavera;
 Es brisa ó música suave;
 Parece el canto de un ave
 O el rugir de adusta fiera;
 En la lucha es la primera
 Que se lanza hacia el baluarte,
 Tremola allí su estandarte
 Y en el carro de la fama,
 Al Universo proclama
 La Moral, la Ciencia el Arte.

Libertad de pensamiento!
 Y guerra al libertinaje
 Alívez contra el ultraje
 Y valor ante el tormento!
 La pluma es el gran portento
 Que al destino darnos plugo;
 Es Castelar, Víctor Hugo,
 Montalvo, Olmedo y Zorrilla;
 Es el héroe sin manchilla,
 Es el patriota sin yugo!

Cuando en el solio el tirano
 Tiene al pueblo entre cadenas,
 La Pluma canta las penas
 Del inerme ciudadano;
 Mas, si esfuerzo soberano
 Impulsa su sentimiento
 Y enciende entre su tormento
 Revolucionaria tea,
 Ella es Corazón, Idea,
 Espíritu y Pensamiento.

Vaya atrás el retroceso
 Que á las conciencias abruma;
 Alcese libre la pluma
 Entre la Paz y el Progreso;
 Caed, ídolos de yeso,
 Al centellar de la Idea,
 Y que esa derrota sea
 Ante el mundo americano,
 El esfuerzo soberano
 De una Nación sin librea!



SUCRE



I

FUE la víctima designada para el sacrificio. Debía agregarse á las coronas conquistadas en Pichincha y Ayacucho, la corona de los mártires. Y esa corona se conquista con sangre.

¡Triste página que aparece en toda historia!

¡Preciosa sangre que purificó el suelo de la Patria, manchado ya por rivalidades bastardas!

II

Hoy hacen 70 años de aquel sacrificio.

Y ante los restos profanados por la mano de un traidor, un pueblo se inclina respetuoso.

Es la tardía apoteosis después del ultraje sangriento.

Es la última página de la historia de los mártires.

ESCUCHA

Enjuga ya tus lágrimas y escucha
Del corazón el grito postrimero;
Yo siento que sucumbo en esta lucha,
Pero antes de morir, hablarte quiero.

Es muy corta y amarga nuestra historia;
 En élla hay luz y sombra confundidas;
 Tus promesas se hundieron en la escoria
 Para abrirme en el alma cien heridas.

Pero siento un espíritu de atleta
 Que sabe rechazar necios desdenes;
 Mi espíritu, mujer, es de poeta,
 Tú todo lo tendrás, eso nó tienes!

Del amor en los castos embelesos
 Cual sueño que en lo real se desvanecen,
 Los labios que se juntan en *dos besos*
 No llevan hacia el bien, porque envilecen!

El amor que se enciende en tres miradas,
 En tres gotas de sangre se convierte:
 Un idilio de amor en carcajadas
 Que conduce *tres* almas á la muerte.

Yo quisiera envolvete en mi destino
 Por solo una virtud, que es la de amarte,
 Pero surge una sombra en el camino
 Que te canta su amor para mancharte.

Y pienso ante mi orgullo soberano,
 Que en sus alas me aleja de la escoria:
 Los reptiles inmundos al pantano!
 Los gigantes sobre ellos á la gloria!

Te contemplé una vez hermosa y pura,
 Y gigante de amor, quise elevarte;
 ¿No quieres ir conmigo hasta la altura?
 Pues te dejo, mujer, corre á enlodarte!

Me dicen que has llorado y que en tu llanto
 Tu espíritu de niña se abandona;
 Yo respeto, mujer, ese quebranto
 Y al despedirse mi alma, te perdona!

PATRIA



VIAJANDO por pueblos apartados de las grandes ciudades encontré un hombre.

Era la encarnación de grandes ideales, libro abierto de la Historia donde podía leerse los sucesos de cien años.

Mirada oscurecida por la continua contracción de su cerebro pensador; sonrisa irónica, inconsciente, que parecía esclava de ese cerebro; sienes contraídas como por causa de absorciones de meditación; así era la faz de ese hombre, tétrico como el silencio de los sepulcros; antiguo como las catacumbas y grande en el fondo de su espíritu.

Era el hombre que Diógenes buscara; en sus ratos de meditación sobre las abruptas peñas de la selva, ya las aves le conocían; las flores le dedicaban sus fragancias; era como el Abraham de la leyenda bíblica entre las tribus de Judea.

Su vida solitaria endulzó su carácter, y hombre de imaginación suprema se elevaba en medio de sus meditaciones á las altas regiones de la filosofía, hundiéndose en su Paraclito para vivir entre sus libros, entre los cuales descollaba el favorito, el que le llevaba al corazón fuego de juventud, y al cerebro vigor intenso, sávia para su vida intelectual.

Ese gran libro era el libro de la Verdad, era la Luz, era la Vida.

Sobre sus páginas, caldeadas con el fuego de miles de generaciones que ha-

bían pasado como átomos de un mismo cuerpo en el espacio de muchos siglos, se veía retratada la humanidad con esos caracteres indelebles que nó se borran, y cuyas últimas palabras significan su misma consumación.

Era la Historia; era el libro de la realidad, con sus grandezas y sus pequeñeces, con sus heroísmos y sus cobardías.

Cuadro realista de la vida universal, con resplandores de sol y tenebrosidades de noche tempestuosa; era el Mecenas de aquel viejo solitario que apoyando su arrugada frente en la palma de su mano escuálida, se hundía en sus meditaciones sobre la abrupta peña de la montaña.

Y un día, cuando la mañana comenzaba á aparecer allá á lo lejos, arrullado el anciano por la brisa matutina y el canto de las aves, habló de esta manera, mientras su mirada resplandecía, movido por emociones secretas

Venga el recuerdo á satisfacer mi soñador espíritu. Como visión encantadora veo aparecer entre mis sueños la imagen seductora de una tierra fértil y hermosísima.

En sus selvas solitarias lanzan su canto el ruiseñor y la torcaz, que semejan las melodías de David en sus arrebatos poéticos, y donde parece escucharse también las quejas de la hermosa Atala.

Naturaleza salvaje, élla impele al hombre á la meditación.

La Libertad meció su cuna sobre las cordilleras de sus montañas, y mostró al mundo civilizado la bandera de la Democracia.

Yo ví sus grandes luchas y sus deseos de Libertad.

Grande como la cordillera que lo rodea, élla se ha elevado al trono de los supremos ideales.

En las páginas de su Historia se vé el Progreso tendiendo sus alas protectoras.

Subió á veces á la cumbre y bajó en otras al abismo; en la cumbre mostró su grado de civilización y en el abismo también.

Tuvo tiranos que regaron sus selvas con la sangre de héroes, pero élla supo derrocar la tiranía para elevarse como Diosa.

Un día la Libertad gimió; su gemido fué escuchado por los hijos de la Patria y se levantaron fuertes y entusiastas para romper las cadenas de la esclavitud.

Brotaron héroes; su sangre corría á torrentes para limpiar el camino; avanzaron con patriotismo y la Libertad se vió rodeada de sus hijos predilectos.

Fué el triunfo de la luz sobre las tinieblas; la enseña de la Patria, con los colores del Iris, flameó sobre las torres del Capitolio con irradiaciones de Sol, y los héroes se postraron á adorarla. Cayeron los tiranos al abismo del olvido y comenzó la reforma.

Volvió la paz y comenzó á brillar la aurora, allí donde la noche parecía eterna, allí donde reinó la oscuridad de la esclavitud y la ignorancia.

Y marcha con paso seguro, con ansias de verdadero patriotismo, encaminándose á la meta de sus aspiraciones, como pueblo protegido por la gloria.

¡Bendita seas! oh Patria de los grandes
hombres! ¡Yo te bendigo y yo te admi-
ro!

¡Bendita seas!

Y el anciano, inclinando la cabeza, se
hundió en la meditación.

En su mirada brilló un rayo de vida y
sobre su frente flameó la llama de la ins-
piración.

Aquel anciano venerable era el siglo
XIX, próximo á sumergirse en las tinie-
blas.

Aquella tierra floreciente que bendijera
el moribundo anciano, era el Ecuador,
la tierra de los héroes, la tierra de las li-
bertades, la cuna del progreso.

Bendita seas, oh Patria!



A COLON

Ilustre peregrino, tu heroísmo,
A través de las póstreras edades
Junto va con las patrias libertades
De pueblos que hoy admiran tu civismo

Si tu obra inmortal lleva en sí mismo
Un signo de esplendentes claridades
Con cuya luz homéricas ciudades
Salvára de los bordes del abismo;

Es que ha ido siempre á tu valor unido
El rayo prodigioso de tu ciencia
Cuyo fulgor un continente baña,

Y con el cual los pueblos han fundido
La corona otrendada á tu experiencia
Por los hijos de *América y España*.

Impresiones

Ayer no más, cuando en mis ansias literarias buscaba en mis libros una satisfacción para mi alma; ayer no más, cuando lleno de alegría encontré una alma soñadora que arrebatava con su armónico lenguaje como música escuchada entre el silencio de la noche; ayer, cuando ese espíritu hizo que en el mío naciera el amor y la esperanza, y que arrebatado en divino fuego sentí otra vida en medio de las tristes decepciones que nacieron en mi alma; entonces fué cuando creí en él amor, con toda la fuerza de un corazón jóven, nacido para soñar y para sufrir.

Entonces amé con un amor purísimo, talvez como nunca había amado, y bendije con todo el ardor de mi corazón al hombre que me enseñó el lenguaje divino de las almas.

Era un ruiñeñor que llenaba de armonías el espacio, una alma que sólo exhalaba gemidos de tristeza, porque en medio de las notas alegres que brotaban de su corazón, siempre aparecía la nota dolorosa, aquella nota innata en todos los corazones.

¿Sentía aquel hombre lo que expresaba con tan hermoso y arrebatador lenguaje?

Nó lo sé, pero sí puedo saber que esas tristezas eran las mías; y que á semejanza de aquel hombre, mi alma lloraba en medio de sus alegrías.

Y entonces comprendí cuánta verdad

encierran estos versos del mexicano Peza:

Si se muere la fé, si huye la calma,
Si sólo abrojos nuestra planta pisa,
Lanza á la faz la tempestad del alma
Un relámpago triste: la sonrisa.

Entonces comprendí lo divino que es soñar, porque en ese tiempo mis sueños llegaban á mi espíritu para santificarlo.

Hoy..... lloro desesperado, porque aquellos sueños han desaparecido, cuando las realidades de la vida llegaron á mi alma.

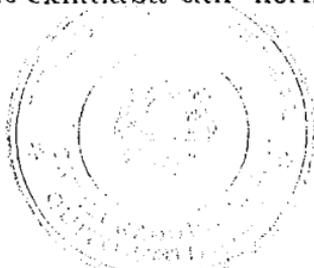
Hace pocos días, cuando de mis sufrimientos nació un escepticismo que me llevó por otro camino, exclamé con amargura ante el recuerdo del pasado.

Entonces comprendí que no es la tierra
El centro de las almas soñadoras,
Y miré tras las nubes incoloras
Un santuario para éllas, y ese es Dios.

Es que miré las pequeñeces de la vida y la grandeza del alma, pensando que ésta nó ha nacido para el mundo en que vivimos, sino para otra región menos ingrata.

Y á los pocos días, aquel hombre que me enseñó el divino lenguaje del amor; aquel hombre que parecía tener mis mismas ilusiones, vió también que las almas soñadoras se ahogan entre las miserias de este mundo, y se elevó en medio de su grandeza y su inmortalidad; se elevó para seguir soñando, en otro mundo de infinitas alegrías.

¿No comprendes quién puede ser ese espíritu que exhalaba tan hermosas notas?



¡Ah, sí lo comprendes, porque también aprendiste su divino lenguaje!

Aquel espíritu se llamaba Castelar, y al evocar ese nombre parece que vuelve de las regiones donde mora, para seguir arrullando con sus cantos el infinito espacio.

Quisiera comunicarte todo lo que siento en mi alma, pero en este momento la luna sale magestuosa de la oscuridad que la rodeaba, para brillar en medio de un azul purísimo.

Y al ver tanta belleza y tanta luz, detengo mi pluma emocionado, porque miro que de la oscuridad que rodea á mi corazón no brotan astros benditos; porque esa luz y esa hermosura que aparecen en el firmamento, son para mis dolores un sarcasmo que aumenta mis tristes agonías.

¡Adios, amigo; talvez en este momento gozas en la contemplación de tanta hermosura, mientras tu amigo llora! pero así es la vida en este mundo.

¿Gozarás tñ? No lo sé, no puedo saberlo, desde que leí aquellos versos del mexicano vate:

El carnaval del mundo engaña tanto,
Que las vidas son breves mascaradas;
Aquí aprendemos á reir con llanto
Y también á llorar con carcajadas.

EN LA NOCHE

Ya duerme el mundo en aparente calma
Y ya el silencio á meditar convida;
Que los secretos íntimos del alma
Rápidos broten á endulzar mi vida.

Nó es el amor lo que á cantar me inspira:
 Ya en mi pecho no vibra aquella nota,
 Que al pretender que brote de mi lira
 La cuerda quise hallar, ¡y estaba rota!

—

¿Rota la cuerda del amor, que un día
 Pulsé con entusiasmo? Qué se hicieron
 Ésas horas de dicha y alegría
 Que á recrear mi corazón vinieron?

—

¡Ah! quisiera olvidarlo: se hundió todo,
 Huyeron mis risueñas ilusiones;
 Vino la realidad envuelta en lodo
 Y se trocó el amor en maldiciones!

—

Y al ver la nueva senda, abrí los brazos,
 Saludé con placer la nueva vida,
 Y arrojando mi lira hecha pedazos,
 Para siempre la dí mi despedida!

—

¡Oh voluntad! contempla ese camino;
 Tú me guías á él con fiero embate;
 Que venga ahora el mísero Destino;
 Yo sabré revolcarlo en el combatel

—

Mi corazón no canta; ruje y brama
 Como león herido en la pelea,
 Y hoy siento arder en mí la viva llama
 De espíritu inmortal, que me recrea.

—

Ah, dejadme seguir por esa senda;
 Yo quiero huir del insondable abismo,
 Para llevar á Dios la gran ofrenda
 De una alma que salvé del cataclismo!

—

EL HERRERO

ERA una fría tarde de verano.

Ya el sol se escondía en el horizonte y la oscuridad tendía su manto sobre el firmamento, mientras algunas estrellas parpadeaban como pálidas luces entre las oscuras nubes que se dibujaban en el cielo.

Los obreros abandonaban su trabajo dando grandes carcajadas y limpiándose con los dedos el sudor que bañaba sus frentes.

El martilleo de las carpinterías cesaba; la fragua detuvo sus grandes resoplidos de bestia fatigada, y los obreros penetraban á las cantinas para beber con ánsia el aguardiente acostumbrado, formando una algazára que interrumpía el monótono silencio de los talleres abandonados.

Y allí, en su pobre estancia de herrero, aquel hombre, cansado de los trabajos del día caluroso que se retiraba, sintió placer al notar el cambio atmosférico, y se tendió en el lecho, envolviéndose en la rebrujada sábana, sintiendo que su cuerpo temblaba como hoja sacudida por el viento.

Recordaba el calor del taller, cuando junto al fuelle, que daba grandes resoplidos, tenía que limpiarse el sudor de su rostro, siempre con el martillo en la mano, agitando en el aire su nervudo brazo de hombre para dar el golpe sobre el hierro enrojecido que se doblaba al choque formidable de aquella maza.

Algunas veces encendía un cigarro pequeño y barato, chupando con placer y arrojando grandes bocanadas de humo que se mezclaba con el que salía de la fragua, y al mismo tiempo dirigía su mirada investigadora sobre los operarios, con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón ennegrecido por el uso.

Y al compás de los golpes de su maza cantonaba algunas veces las canciones callejeras que había leído en algún libro á la rústica, siempre sonriente, con su espalda desnuda y llena de carnes que temblaban á cada movimiento del brazo.

Después, cuando llegaba la caída de la tarde, cambiábase de ropa, limpiándose el sudor del cuerpo y esperando que los operarios termináran de vestirse para cerrar el taller.

Entonces el ruido cesaba; los instrumentos del trabajo descansaban sobre las ennegrecidas perchas; la fragua permanecía silenciosa y paralizada, y el herrero abandonaba con pesar sus herramientas, quedándose algún tiempo á la puerta del taller, y mirando con indiferencia lo que pasaba en la calle.

Después se dirigía pausadamente á la cantina del compadre Lucas: un hombrecito de ojos picarezcos y mirada de zorro, siempre dispuesto á servir con amabilidad su aguardiente lleno de agua, guardando con placer aquellas monedas que tanto codiciaba en un gran baul que decía era la caja del establecimiento.

Allí esperaban al herrero varios compañeros de trabajo y algunos hombres

de diversos oficios que habían terminado sus tareas, juntándose en aquel cuartucho pestilente que solo tenía como respiradero la puerta principal, decorada con cuadros viejos encontrados entre la basura de la calle.

Y la atmosfera calurosa que se respiraba no era para ellos una molestia; siempre inclinados junto al fuego, otros sobre los techos de las casas haciendo composturas y desliziéndose como gatos por las tejas inclinadas, estaban familiarizados con el calor.

Además, aquel aguardiente les llenaba de aliento calentándoles el estómago y dándoles apetito.

Las carcajadas resonaban en el pequeño cuartucho, para salir después por la puerta principal, y desde afuera se escuchaba aquel murmullo aguardentoso y constante, mezclándose con los últimos golpes que salían de los talleres vecinos.

—¡Bah!, decía el herrero, mientras bebía su aguardiente y estiraba las piernas; después del calor que ha hecho durante el día, no importa venir á la cantina del compadre Lucas á beber una copa para recuperar las fuerzas.

Cuando los obreros habían bebido demasiado, continuaban por sacar á luz las faltas de los vecinos, riéndose perezosamente de los chistes que alguno dejaba oír por casualidad; tambaleándose y dejando caer las sillas, con gran susto del compadre Lucas que temía se las rompieran.

—¡Vaya!, decía un mugriento albañil de amarillenta barba; la Coja recibió un

trancazo en las piernas un día que no se dejaba besar de su marido.

Y las carcajadas se repetían constantemente, acompañadas de algunos golpes que daba el herrero sobre la débil mesa para mostrar su fuerza hercúlea.

Y de pronto, alguno de los aludidos en los satíricos chistes, se levantaba furioso y con los puños cerrados, dirigiendo coléricas miradas sobre los demás.

—El que se atreva, decía, llevará una señal para toda su vida!

Y esperaba que se le respondiese para mostrar sus robustos brazos endurecidos en el trabajo.

Entonces el herrero procuraba tranquilizarle, criticando á los aristócratas, á aquellos que doran sus vicios con una levita nueva, tal vez conseguida haciéndole una excelente arruga al sastre; burlándose de aquellas damas que lucen elegantes vestidos, pero que bien pueden haber recibido un trancazo en las piernas cuando los imbéciles maridos se retiraban borrachos á dormir.

El dircuso producía su efecto y todo terminaba con una copa de aguardiente, con gran alegría del compadre Lucas que temía la llegada de los policiales si la discusión tomaba distinto rumbo.

Algunos se retiraban bastante ebrios apoyándose en las paredes de los edificios y murmurando sordamente.

Otras veces las mujeres marchaban por sus maridos á la taberna, para llevárselos á dormir, y allí comenzaban nuevamente los chistes picarescos y las miradas codiciosas; y las discusiones seguían á causa de los besos que uno de

los obreros estampaba en las mejillas de alguna de las que llegaban, empeñándose una lucha entre los dos.

Todo esto venía á la imaginación del herrero tendido sobre el lecho, y reía al recordar aquellas escenas que contemplaba diariamente.

Y después, embebido en aquellos recuerdos, cerró sus ojos perezosamente, pensando en el trabajo del próximo día, hasta que terminó por rendirse al sueño dejando oír su fuerte respiración de obrero fatigado, mientras el murmullo de la calle se apagaba poco á poco, conforme aquella fría noche de verano avanzaba sobre la tierra.



FIAT Y

Detenéos, fantasmas, que el camino
Glorioso conquisté, cual fuerte atleta;
Nó insultéis al errante peregrino
Porque puede el puñal del asesino
Alzarse de la lira del poeta!

Turba falaz, cruel; turba menguada,
Yo quiero en mi doliente escepticismo
Libre seguir la intrépida jornada,
Saltando por tu necia carcajada,
Saltando por tu pérfido cinismo!

Ya no soy el que fuí; nada me abate
Y acepto los caprichos de la suerte;
Si el error contra mí sus alas hate,
Yo sabré combatirlo en el combate,
Yo sabré combatirlo hasta la muerte!

¡Oh, cuántas veces la moral saeta
Llegó á mi corazón arrepentido!
¡Cuántas veces grité, cual fuerte atleta:
Murió el pasado criminal; poeta,
Hoy abrazas el bien: hoy has nacido!

Yo he mirado brillar sobre mi frente
De hermosa redención un signo puro:
¿Quién no ha visto al pasado delincuente
Lavarse en las virtudes del presente
Y alzarse el pedestal para el futuro?

¿Quién es aquel de immaculado nombre
Que ante el pasado criminal no gime?
Oye turba menguada y no te asombre:
El error ha nacido con el hombre
Y solo con el llanto se redime!

¿Quién no ha palpado la corrupta herida?
¿Quién es aquel de immaculada historia?
En medio de esta charca corrompida
Todos llenan el cáliz de la vida
Con las aguas corruptas de la escoria!

¿Cómo en mi senda levantarse pudo
Aquella turba que piedad me inspira?
Cierto es el triunfo en el combate rudo
Si se lleva en el alma como escudo
Un culto sin igual: el de la lira!

Yo nací gladiador. Mi ardiente anhelo
Sabrá vencer en la moral tormenta;
Que en este triste y miserable suelo,
Cuando el dolor hace escupir al cielo,
El cadalso moral no es una afrenta!

Detenéos, fantasmas, que el camino
Glorioso conquisté, cual fuerte atleta;
No insultéis al errante peregrino
Porque puede el puñal del asesino
Alzarse de la lira del poeta!

MEDITACIONES

CUANDO un pueblo se siente agitado por cambios políticos que originan revoluciones, de donde siempre brotan héroes que brillan como estrellas un momento, para después desaparecer ante la ingratitude de los mismos que le ayudaron á subir; cuando la juventud despierta de su letargo para lanzar su grito de libertad, dejadles que se agiten; allí se prepara un acontecimiento que cambiará el rumbo que antes seguían.

Toda transformación tiene su antecedente, así como cada época de heroísmo tiene su poeta para cantarla.

Siempre hay sucesos que predican el paso que se vá á dar, sea al adelanto ó al retroceso, y cada movimiento de aquellos es una página que se agrega al libro histórico de la humanidad, donde las generaciones que preceden estudian los medios necesarios para caminar por el sendero de la gloria y el trabajo, y buscar el modo de llevar á un pueblo por la senda de la moralidad y el orden, dos cualidades que marcan el grado de civilización en que se encuentra cada pueblo y cada individuo.

Y como consecuencia lógica de ese árido problema, se vé que las ideas que se intenta inculcar en la mente de los hombres no llegan á realizarse, ni sirven para su civilización y su adelanto, ya porque nó basta la palabra para obrar una transformación, debido al espíritu aventurero de las masas, ya porque el único medio de conseguir esos nobles fines, es

enseñarles lo que es la Moral, la Unión y la Justicia, haciéndoles distinguir entre la libertad y el libertinaje, desgraciadamente confundidos casi siempre.

Yo me abismo en mil meditaciones cuando reviso página por página la historia de los pueblos.

Aquí veo un episodio que parece una risa sarcástica de Voltaire; allá un suceso desgraciado que simula una mucca de cadáver desde el fondo de una tumba; acá un hecho que ha pasado desapercibido como río de mansas olas. Allá una mujer guillotizada que derrama lágrimas que se confunden con su sangre, acá un verdugo que abandona el hacha para tomar el cetro. Un crimen salva á un pueblo del abismo; un soldado se corona Emperador á costa de mucha sangre, un porquero sube á Papa; y los acontecimientos siguen adelante y van desarrollándose, siempre pronosticados por conmociones y asesinatos catástrofes y heroísmos, virtudes y cobardías.

Siempre el anuncio de Progreso vá bañado en sangre, regada por mártires y por tiranos de una idea defendida ó ultrajada.

La imagen serena del desgraciado Luis XV me dice mucho; ese retrato habla si se le interroga; hace reminiscencias del pasado y relata desde el Temple el acontecimiento que se prepara y la influencia de ese suceso en las generaciones futuras. Guillotín, el autor del aparato maquiavélico que hizo rodear cabezas nobles y bastardas, que hizo desaparecer caracteres y pequenece, fué el precursor de una época inolvidable que,

auque algo envilecida, hizo brotar rayos de luz deslumbradora desde el fondo de las Tullerías y las ruinas de la Bastilla. El pueblo pide pan, grita, se arma; hombres y mujeres, ancianos y niños, cruzan las calles de la capital de Francia, pidiendo pan; no es que tienen hambre; no son ellos los que hablan; es la época, es la Libertad y el Progreso encerrados en esa palabra, y que pugnan por salir y verse libres de las férreas cadenas á que están sujetos.

La mañana se anuncia siempre con pálidos reflejos que alumbran débilmente el firmamento, adornados por algunas estrellas que van iluminándose poco á poco por la claridad del sol. Así son los grandes acontecimientos de la tierra; comienzan por reflejos; las estrellas son los mártires de la idea, que á medida que avanza la reforma, van perdiéndose hasta confundirse con la misma transformación.

Pero revisad página por página la Historia universal atentamente, y reid un poco al investigar el fin de tanto mártir. ¿Dónde se encuentra el premio? En la tumba, ya cuando ha sufrido la ingratitud de la humanidad.

¡Triste sarcasmo! Después de la ofensa la reparación tardía, como un acto obligado por la vergüenza del pasado.

Yo tiemblo cuando miro inclinarse á un hombre ante la imagen de Bolívar. ¿Se levantará el heroe para narrar actos miserables y reprochar sus últimos días en Santa Marta?

Ved allá: mirad esas aguas que sirven para comunicar dos océanos: es el canal



de Suez. ¡No os parece ver allí la sombra de un anciano que ríe con carcajadas histéricas, al ver que su figura ha sido modelada en bronce? ¡Y qué risa! Parece que con élla quiere unir otra vez ese camino de agua con que quiso engrandecer á un pueblo ingrato.

Por allá escucho vivas patrióticos y veo banderas desplegadas, rostros alegres. ¿Será una nueva transformación? No; es un pueblo que aclama á un ciudadano y le lleva sobre palmas á la gloria.

Pero ved ahora: el héroe es reo; las palmas son cadenas, y por las mismas calles que cruzó victorioso, ahora se mira escarnecido y arrastrado. Ese criminal es Riego, el que poco antes fué engrandecido por los mismos que le condenan hoy.

Así es la humanidad; tiene sus épocas de adelanto y épocas de retroceso; y todas estas épocas van formando las páginas de ese gran libro que componen la Historia universal, donde se vé los cambios continuos que se operan en el mundo durante esa marcha rápida de los siglos: pasiones, luchas y heroísmos, crímenes y virtudes, que desaparecen para trocarse después en progreso ó en paz, en armonía ó en cataclismo, distinguiéndose cada época con alguna variedad que no tuvieron las otras; ya un héroe ó un traidor, una victoria ó una derrota.

La forma de los acontecimientos que se desarrollan en el mundo, siempre es distinta; pero no veáis eso: fijáos en el fondo y encontraréis la misma causa: la tendencia innata hácia el Progreso; la lucha constante entre la luz y la oscuri-

dad; el ánsia del espíritu hacia la realización de sus eternos ideales; el deseo de una felicidad completa y duradera. Pero eso no llega á realizarse nunca. Revisad la historia de los pueblos civilizados; investigad á cada individuo de la raza humana, y veréis que el camino hácia el Progreso es escabroso; miraréis que mientras más el hombre lucha para realizar sus sueños, más se aleja de la realidad deseada, y aunque busca la felicidad, jamás la encuentra ni la siente, porque el destino es ese: ser desgraciado.

¡Cuánto nos enseña la Historia!

¡Cuánto ejemplo brilla en sus páginas para guía de la humanidad!

Por eso, siempre que miro un monumento que eterniza á un hombre, me parece que me contempla y que me narra los acontecimientos de que fué testigo.

Y siempre que leáis ese libro, espejo de la humanidad, no déis vuestras simpatías á un suceso cualquiera: esperad la transformación, efecto de aquel suceso, y entonces dejad los escrúpulos á un lado.

Yo considero el estudio de la historia como un alimento necesario para la inteligencia humana y para el adelanto de los pueblos. Enseña élla mucho para avanzar hasta lo grande, hasta lo sublime, ó mejor dicho, hasta el principio de todas las cosas: Dios.

POSTALES

Yo no canto el amor ni la hermosura
Que son del mundo tristes mascaradas,

Yo cantaré el fulgor de tus miradas
Porque en ellas he visto tu alma pura,

Cantaré la inocencia y la ternura
En tu límpida frente retratadas,
Cantaré en tus mejillas nacaradas
El pudor que tu espíritu fulgura.

Y después, cuando el eco de mi canto
Prosiga tristemente su camino
Y se pierda en la bruma de la nada,
Que en medio de mi duelo y mi quebranto
Encuentre como ofrenda del destino
El rayo angelical de tu mirada.

* * *

Yo cantarte? Qué locura!
Allá que lo hagan los sabios;
Es muy grande tu hermosura
Para cantarla mis labios.

Si fuera la luz del día,
Si fuera la fresca brisa,
Qué de cosas te diría
Al contemplar tu sonrisa!

Yo te miro desde lejos
Con miradas intranquilas;
Queman tanto los reflejos
De tus ardientes pupilas!

No soy quien lleva la palma
De tus íntimos secretos,
Pero he adivinado tu alma
En tus ojos indiscretos.

Y ellos dicen con ternura,
Con pudor, pero sin celos,
Que al igual va tu hermosura
Con tus íntimos anhelos.

Acoje este pensamiento
Que en tus virtudes se inspira,

Y al dedicártelo, siento
Que sea tan pobre mi lira!

Por una senda de infantiles sueños
Vas por la vida, sin pisar abrojos,
Para mostrar tus cándidos ensueños
En las palpitaciones de tus ojos.

Humilde trovador, por vez primera
Vengo á pulsar mi lira abandonada,
Y á dejarte esta flor, pobre y sincera,
Ante el altar de tu alma inmaculada,

Por la cándida brisa arrullada,
Bella flor del jardín de la vida.
En tus pétalos blancos palpita
La dulce esperanza.

Y en la noche callada y serena,
Ante el suave perfume de tu alma,
Te canta la brisa, te cantan las aves,
Y en tiernas endechas

Errantes poetas

Entonan sus himnos de amor y alabanza.

Peregrino de dulces ensueños,
Vengo humilde á postrarme, á tus plantas,
A quemarme en la luz de tus ojos
Y á dejarte esta pálida ofrenda,
Mientras riela la luna en el cielo
Y las aves entonan sus trinos
De amor y esperanza.

Van hacia tí los ecos de mi lira
Cual bandada de tiernas mariposas,
A quemarse en la luz de tus pupilas
Y á morir en tus gracias seductoras.

Y es que he visto brillar en tu mirada
El fuego abrasador de tu pureza,
Que eleva desde el fondo de tu alma
El blanco pedestal de tu inocencia.

Yo sueño en mis constantes ilusiones
 En un jardín de rosas,
 Donde pueda calmar mis decepciones,
 Mis luchas tenebrosas.

Porque el suave perfume de las flores,
 Su cándida hermosura,
 Matan todos los íntimos dolores,
 Destruyen la amargura.

Cuál será mi placer, cuál mi alegría,
 Y cuál mi sentimiento,
 Al ofrendarte en mi postal, María,
 Un tierno pensamiento.

Y es que del mundo en la moral jornada
 En donde el mal palpita,
 Siempre seas la flor inmaculada
 Que fuerte en la virtud, no se marchita.

En los ecos de mi lira
 Fácilmente se interpreta,
 Que en tu virtud el poeta
 Halló la luz que lo inspira.
 Y es claro, cuando se mira
 Entre tristes decepciones,
 Quien de tiernas ilusiones
 Vive por el mundo en calma,
 Por la conquista de esa alma
 Palpitan los corazones.

Vuestros íntimos secretos
 Son un santuario, señora,
 Mas, mis labios indiscretos,
 Van á cantarlos ahora:
 Tanta ventura atesora
 Vuestro hogar, que con empeño,
 Yo me figuro un ensueño
 Esa senda venturosa,
 Donde vuestro amor de esposa
 Hace de la vida un sueño.

ISCARIOTE

Avanza, Judas, émulo de la hipocresía y la traición; tu obra es semilla que cae en tierra fértil, y sus raíces se extenderán por todas partes como brazos de gigantes.

Avanza, imprime tu ósculo maldito en la mejilla del Justo; su eco no se ha dilatado, porque repercute todos los días, en el ruido que causa la serpiente que se arrastra, el león que devora su víctima, el arma que penetra en el corazón humano.

Besa á tu Maestro y engáñalo; tu acción creó una escuela eterna, donde el mundo sació su sed, pues desde entonces la traición es ley; el engaño nació en el corazón, mientras en el rostro brillaban la virtud y la dulzura: la careta necesaria en el torbellino del carnaval humano.

El alma de Iscariote se fundió en todos los átomos; en la flor hermosa que abre sus pétalos, ocultando entre sus hojas la punzante espina; en el aire, en el polvo, en la nube y en el mar embravecido. Se fundió en los labios, se retrató en la mirada, se esfumó en el alma del género humano, sin dividirse, para formarse del conjunto de seres hundidos en el lodo, bajo la forma de virtud, de honra, de lágrima, de sonrisa, de heroísmo y de valor,

El alma de Judas se retrata en los labios de la adúltera que, después de abandonarse á las caricias del amante, se entrega á las caricias del esposo; en la son-

risa del amigo que siente en su corazón el odio vil; en la mujer que reparte miserable su hermosura; en el tirano que llenó los cementerios de cadáveres; en el crimen, en el engaño, en la traición.

El mundo es tu pedestal. Como gigante te alzas sobre la humanidad, triunfante, sonriente, viendo á tus discípulos que se matan, que se revuelcan como cerdos en un materialismo inmundó que constituye su vida, su alma, su dicha, su cielo y su placer.

Y aquel Justo ¿qué hace?

En su mejilla quedó grabado tu ósculo, Iscariote, y siguió, camino de un martirio estéril, derramando su sangre, maltratando su cuerpo, deseando apurar el cáliz de la amargura, cuando esc caliz se regó sobre la humanidad para matarla, para hundirla, para vencerla, diciendola: ¡Sálvate!, mientras la misma naturaleza la llevaba hácia el abismo.

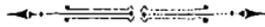
¡El mal contra el mal! La carne contra la carne! El vicio contra el vicio! Es el sarcasmo del misterio, de lo oscuro y de la muerte! Es la carcajada de la ignorancia ante la debilidad de la materia; el aborto de la ignorancia ante la esencia de lo corrupto!

¡Pobre Nazareno! Sembraste en tierra estéril; las gotas de tu sangre se evaporaron, se volvieron á la nada como la virtud que predicaste, como la fé que pretendías infundir en la humanidad.

Judas subió muy arriba y se rió á carcajadas desde la rama de un árbol.

La fetidez de su cuerpo fué absorbida por el mundo, y el alma humana se compuso de fetidez desde ese día.

Marcha, marcha, Nazareno, y contempla el carnaval humano desde la cruz que te preparan; mientras sobre tu frente su hunde la corona del martirio y aquel *INRI* que quedó allí, eterno, como símbolo de tu desgracia, cuando el mundo, olvidando poco á poco tu martirio, sigue bebiendo las lecciones que dejaron el eco de un ósculo y el sonido de los treinta dineros de Iscariote.



SOMBRAS



En la noche silenciosa
Cuando el mundo duerme y calla,
Y al espíritu avasalla
La terrible soledad,
Voy rodeado de misterio,
Meditando en la otra vida,
A sentarme en la escondida
Dura peña de la mar.

Y escuchando los ruidos
De las olas encrespadas
Como furias desatadas
En las playas al chocar,
Me parecen los embates
Que en la mísera existencia
La ignorancia y la impotencia
Dan al triste corazón.

Y al mirar como se chocan
Y se encuentran y confunden,
Y entre todas juntas funden

El gigante airado mar,
Me parece que retratan
La servil, torpe contienda
Que es la eterna, oscura senda
De la triste humanidad.

En las luchas de la vida,
Sumergido en el combate,
Joven viejo, ya no late
Mi cansado corazón,
Pues los recios vendavales
Del humano cataclismo
Lo llevaron al abismo
De la oscura decepción.

Hoy la sangre lo destruye,
Y en el pecho se sofoca,
Porque en ansia triste y loca,
Lo pasado al recordar,
Entre tantas ignominias,
Se contempla soberano,
Despreciando á ese tirano
De las almas: el amor.

¡Pobre lira! Ya enlutada
Por amargos desengaños
Transcurir mira tres años
De una amarga soledad;
De sus notas pasionarias
No se escucha ya las quejas
Que antes, junto á verde rejas,
Preludiaba con amor.

Y es por eso que en las noches
Cuando el mundo duerme y calla
Y al espíritu avasalla
La terrible soledad,
Voy rodeado de misterio,

Meditando en la otra vida,
A sentarme en la escondida
Dura peña de la mar.

—
No desmayes, te lo ruego;
Sigue, sigue tu camino,
Pasajero peregrino
De la cuna al ataúd,
No te aterre el Cementerio
Que ha tres años, desgraciada,
Y en la duda encadenada
Ya estás muerta, juventud!



Pinceladas Críticas

—
[FRAGMENTO]

I

Si en algo creo en esta vida, á pesar de que soy un excéptico consumado, es sin duda alguna en aquel aforismo latino que dice: *Humanum est errare*, que traducido libremente, ya que no sé ni pizca de latinejos, quiere decir que el error es nuestro hermano, salvo lo que digan los poseedores de este idioma.

Aquella creencia se me pegó como sanguijuela, en las cavidades de mi cráneo y estaba dispuesto á soportar las quijoterías de todos los hombres habidos y por haber, llevado por élla como un caballo de carga por su respectivo arriero.

Pero así como sucede en las casas donde hay escaleras para subir y bajar,

también pasa lo mismo en las escaleras del cerebro: las ideas y las teorías bajan y suben en tropel, á veces se encuentran, se saludan y hasta discuten un momento sobre cual se marchará; discusión algo parecida á las que se forman en las antecámaras de los Congresos (sin alucian alguna).

La creencia aquella se desvaneció como humo de cigarro ó como hielo, como quiera la metáfora y se esfumó en las ondas del espacio azul, según diría el modernista Rubén Darío.

Y si Uds. llegan á saber la causa de ese desvanecimiento sorprendente, seguro estoy de que el cuerpo no les cabe ni en camisa de veinte varas que no han de ser siempre de once como se acostumbra.

Y lo diré, porque mi objeto al comenzar estas líneas fué ese, sin duda alguna.

Humanum est errare se quedó chiquito cuando leí las composiciones poéticas de unos caballeros titulados *modernistas*, que han invadido la América como la peste bubónica en Europa.

Humanum est errare llegó á ser para mí una mentira, al ver que los modernistas cometen errores porque así es su voluntad, porque en el error encuentran belleza y por consiguiente poesía.

Chiquito me quedé leyendo algunas composiciones modernistas que pude conseguir después de haber arrojado al olvido el aforismo latino aquel.

Hay modernistas en Chile, en el Perú, en la Argentina y en todas partes; secta dedicada únicamente á ensordecernos



con sus ripios y *poesías*, alabándose unos á otros según una ley de reciprocidad que les rige.

Y no es mentira; N. N., modernista de Buenos Aires celebra en su artículo H á O. modernista de Lima y al poco tiempo O celebra en otro artículo á N. N., dejando pasar algún tiempo por supuesto, para que no se note aquella tendencia que les guía.

Uno de los principales modernistas, después del nicaragunese Rubén Darío, el amigo de *Stambul*, donde siempre reina como consonante un príncipe Azul, ya muy conocido, es José S. Chocano, hijo del Perú y padre de la mayor cantidad de ripios que concebirse puede,

Hay entre sus composiciones algunas que hacen llorar, sin mentira alguna, como aquella que comienza:

Májico hervor que se dilata en torno
Hace saltar la nota cristalina.

Y que en otra parte dice:

Danzando al rededor de una colgada
Ave sin plumas, retorcida y triste.

Pero donde José S. Chocano ha mostrado en todo su esplendor su númen poético, es sin equivocación en una *poesía* que se titula:

BOCHORNO

Y ya el lector debe juzgar por el título lo que va á decirnos el modernista peruano.

Y comencemos.

¡Oh placer *musulmán!*

¡Asómbrate lector! Qué buen principio.

¿Qué será eso de placer musulmán?

¡Oh placer musulmán! Dulce tristeza
 Me convida á soñar en *suave lecho*;
 Y *tendido* en el campo la cabeza
 Voy inclinando blandamente el pecho.

Y examinemos detenidamente el cuarteto.

¿No siente Ud, placer musulmán?; entonces: ¿cómo es que *dulce* tristeza le convida á soñar?

¿Sentía usted tristeza y placer al mismo tiempo?

En suave lecho, nos dice Ud, dejándonos en ayunas sobre la existencia de ese lecho al saber que donde está Ud. es en el campo.

¿Tendido la cabeza? ¡hombre!, con ese *tendido* hace Ud. á cabeza del género masculino y habría que decir, el cabeza.

Y por último, ¿cómo es eso de inclinar el pecho?

¡Qué modernismo tan feo!

El párpado, que salta al menor ruido.

¡Valiente barbaridad!

¿El párpado? ¡luego Ud. no tiene más que un párpado?

¡Y qué desgracia!: tiene un párpado y salta! ¡pobre señor Chocano!

Yo le agradecería á Ud. agregase otro verso explicándonos quién es el que oye los ruidos, porque estamos á punto de creer que el párpado es el que escucha, que no fuera creíble en otra pluma, ¿no le parece á Ud?

El párpado que salta al menor ruido,
 Va *cayendo* y *cayendo* poco á poco;
 Todo lo miro vago, *entredormido*:
 Y al fin el pecho con la barba *toco*.

Figúrate lector, ver á Chocano tendido sobre la yerba, con el párpado que se le va *cayendo* y *cayendo*, [así dos veces] poco á poco y que á pesar^o de que se le cae el párpado, lo mira todo vago, entre-dormido (¿todo?)

Ahora bien: el pecho del señor Chocano es tocado por la barba.

Está Chocano tendido en el suelo y toca con la barba el pecho.

¿Cómo será eso?

Haz la prueba, lector, y verás que no te sale bien, porque para tocar el pecho con la barba tendrías que sentarte para inclinar la cabeza y allí está la equivocación de *colgada*; se figuró que antes había dicho que estaba sentado.

Sigamos adelante:

¡Qué suave laxitud! En mis soberbios.

Muy suave, señor Chocano; pero díganos ¿qué es *soberbios*? -¿Usted los tiene?

Eso será algo como decir: en mis adentros ó en mi mente.

Pero fuese cualquier cosa: yo no tengo soberbios.

¡Qué suave laxitud! En mis soberbios
Cánticos de pasión soñando apenas.

Entiendo: sus cánticos de pasión son los soberbios.

Pero díganos: ¿son soberbios porque tienen el pecado de la soberbia, ó son magníficos?

¡Y qué bonito es eso de *pasión soñando*!

¡Qué feo es eso!: era tan hermoso verlo á usted tendido en el campo!; pero ahora lo dañó todo con esa estirada.

Y qué buena comparación la de los nervios que se estiran como el mar en *las arenas*. Buena estirada!

En cuánto pienso!

Dice Ud. bien; ¡en cuánto pensará usted!

Tal vez en enviarnos nuevos ripios, en suavizarse el bigote, en placeres musulmanes; ¡cuántas cosas verá su pensamiento en este instante!

¡En cuánto pienso! *La dorada cima*
Al gran beso del sol piérdese lejos.

¡Hombre!; yo creía que usted nos diría lo que pensaba: pero nos sale Ud. con una dorada cima que se pierde lejos al recibir el *gran* beso del sol.

Y oigo del campo la solemne rima.
Y me hundo de esa rima en los reflejos.

Hemos entendido el primer verso, modernismo puro.

Ud. nos dá á entender que esa rima es el rumor de la brisa, el murmullo de algún arroyo cereano, el canto de las aves etc, etc.

Esa es la rima, ¿verdad?

Ahora bien; ¿tiene Ud. la osadía de decir que esa brisa, ese murmullo y ese canto tienen reflejos?

¿Cómo se le ocurrió eso, señor Chocano?

¡Oh música! ¡oh señora de los mundos!

Y teníamos razón al decir que la brisa, el arroyo y las aves producían la ri-

ma; el señor Chocano lo ha explicado al decir:

¡Oh música!

¡Oh música! ¡oh señora de las mundos!
Tú que adivinas al primer acento,
Lo que dicen los báratros profundos,
Lo que murmura el bosque y habla el viento!

¡Vaya! ¿Entonces esa música no es la rima?

Está muy claro: ¿cómo va la rima á adivinar lo que ella mismo habla y murmura? No lo entendemos.

Y díganos: ¿al primer acento de quién? ¿de los báratros profundos? ¿de Ud?

¡De quién, hombre; díganos por favor de quién!

¡Oh música especial!

¿Por qué es especial? Claro: el señor Chocano tiene sus músicas especiales, es decir: raras.

¡Oh música especial! Las notas *foscas*
Que el árbol vibra al sacudir sus *garras*;
Él *voltejeo* alegre de las *moscas*;
La *irritada* embriaguez de las *cigarras*!

¡Qué hermoso cuarteto!

Asómbrate, lector: escucha esas notas tan feas, por lo *foscas*, procura comprender cómo es eso de vibrar notas con *garras*; fijate en ese *voltejeo* tan vulgar, tan duro, y tan feo, y dime si has tenido embriaguez irritada, ó lo que es mejor, si has visto embriagadas las *cigarras* y te convencerás de que este cuarteto es la mayor tontería que se ha visto, por no decir barbaridad.

Todo en el valle con amor se estuma.
Bajo *enorme* y *opaca* sinfonía.

Ojalá se esfumara en Ud. la pretención que tiene en literatura, pero si algún día sé que Ud. ha dejado de escribir, por más placer que tenga, nunca olvidaré esa *enorme* y *opaca* sinfonía.

¡Qué grande será!; quisiese verla, si fuera un poco clara, porque lo opaco me enferma el párpado, señor Chocano.

Reina el sol, y es por eso que la bruma
Se ha refugiado entre la mente mía.

Eso lo dice Ud. aparte de los dos versos anteriores; pero díganos: ¿no está cerrado su párpado?

Lector: el poeta tiene el párpado caído y sin embargo vé: traslado á los ciegos.

¿Es por eso que la bruma se ha refugiado *entre* la mente?

Parece que dijera *enteramente*.

Y de la bruma envuelto en los desechos,
Al fantástico son de arpas eólias.

Aquí estamos, don José

¿Qué es eso de *deshechos*?

¡Cáspita!; la bruma envuelta en los deshechos, ¿será eso algo como sábana?

Veamos los dos versos que siguen:

Va surgiendo mi amada con sus pechos
Blancos y puros como dos magnolias.

¡Uf! ¡qué feo!

Una mujer envuelta en la bruma,
es decir en la mente de Chocano, surge

al fantástico son de las arpas eólicas y enseña los pechos puros y blancos como dos magnolias [creíamos que eran como cuatro ó cinco].

Créalo Ud., si no quisiera cumplir mi deseo de revisar toda la composición, le dejara á Ud. en este cuarteto.

¿Habrá todavía algo peor que esto? Veamos.

¡Oh placer musulmán! ¡Dulce tristeza!

¡Hombre! Ya lo ha dicho Ud. antes.

Siquiera hubiese cambiado el *musulmán* por alguna otra palabra, como *sa*, *rraceno* ó *mahometano*; pero esa repetición es ripio.

No entrabéis más la mente atolondrada.

Aparte de ese *entrabeis*, que es muy feo, le diremos que ese no es verso.

Hace Ud. mal en rogar que no entren la mente, porque no es el placer ni la tristeza los que la entran, sino la bruma que tiene Ud. metida; sáquela y verá que Ud. queda sano y desatolondrado.

Justo es que se levante la cabeza
Cuando se piensa en la mujer amada!

¡Hombre! ¡qué mentira!

Pues le diré que cuando se piensa en la mujer amada se baja la cabeza para apoyar la frente en las manos sobre una mesa; y así hacen todos los hombres.

Pero Ud. hace lo contrario; ¡claro!; como es musulmán.

Y dígame: ¿por qué es justo levantar

la cabeza al pensar en la mujer amada?

Justo será levantarla para defenderla;
ó para mirarla asomada en el balcón;
pero al pensar en ella.....

¡Qué Chocano tan gracioso!

Y tiene Ud. un poco de razón; debe levantarse la cabeza si el hombre está como Ud. en el campo, porque eso de pensar acostado no es muy bueno; ¡eh!

Oh árbol que me ofreciste lecho y sombra.

¡Ola!: ¿está Ud. sobre un árbol? ¿Y cómo se atrevió á cerrar el párpado si había peligro de caer?

Ved, lector; ahora tenemos que Chocano estaba en un árbol; ¡y no nos había dicho nada de eso!

Oh árbol que me ofreciste lecho y sombra,
Recibe del poeta los cantares:

Mida Ud. el primer verso, suspenda de enviarle cantares al árbol, porque se cae y siga Ud.

De tus hojas caídas en la alfombra
Han dormido un momento mis pesares.

Aparte de que estos versos son extraños á los dos anteriores, hay en ellos bastantes ripios que extraer.

En primer lugar díganos Ud.

¿Es que las hojas cayeron en la alfombra?

Y en ese caso: ¿qué alfombra es esa?
[fea trasposición]

¿Es que los pesares durmieron en la alfombra?

¿Es que los pesares durmieron en las hojas?

Si lo primero no nos ha dicho que había alfombra para que diga la.

Si lo segundo, la alfombra ha de ser material, y es imposible que los pesares duerman allí.

Si lo tercero, parece que los pesares duermen de hojas, como si se dijera vivir de ilusiones y en tal caso, esas hojas vienen á ser aquí adormideras.

Y ya que vuelvo enfurecido y bronco.

¡Hombre!: no sabíamos que se iba.

Ya vuelve Ud., pero líbreme el cielo de encontrarlo enfurecido y bronco, porque correría.

Y ya que vuelvo enfurecido y bronco.
A la obligada lucha de los hombres.

¡Ah!: vuelve usted á la ciudad.

Eso es distinto; pero le diré que esa lucha no es obligada!

Sólo que usted siga escribiendo versos!.....

Quiero estampar sobre tu duro tronco.
Entrelazados con amor, dos nombres.

¡Claro!; habiendo el bronco, tiene que venir el tronco.

Pero habrá perdido Ud. mucho tiempo en estampar nombres en el tronco, siendo tan duro.

¿Y qué nombres son esos?

¡Ah!: José S. Chocano y la de los pechos.

Veamos que más nos dice Ud.

Si una mano después pugna insolente

Por dejarte esos nombres en pedazos,
Tú, crispándote, rudo y prepotente,
Los debes defender con *tus cien* brazos!..

¡Buen ripio tiene usted en el segundo verso!: dejarte.

¡Don José!: será dejar los nombres, pero no dejarte, porque así parece como si los nombres fuesen las ramas de árbol.

¡Qué crispación esa! ruda y prepotente.

¡Y qué verso el último!: hay que pronunciar con *túscien*, brazos, señor Chocano.

¡Cuántos brazos, cáspita: ¡cien!

No quisiera ver esa crispación, y solamente iría si no hubiese viento, porque así los cien brazos estarían quietos, y.....
.....¡adios nombres!

Y dígame, señor Chocano, ¿eso es *bochorno*?

¡Vaya!; lo que causa bochorno es leer su composición.

Este es José S. Chocano, el que en una *poesía* [i] que escribió cuando nuestro conflicto con el Perú, en la que decía que se subiría en la fortaleza para animar á sus compatriotas, dice que el Ecuador ha muerto con Montalvo.

Juzgue usted lo que guste.

Va lo he mostrado á usted con *Bochorno*, y tocante á la otra composición, ya se encargó otro de hacerlo parodiándola en un periódico satírico de aquella época.

Descanse Ud. en paz, y pongan otros la barba en remojo.



ESCUCHA!

[Fragmento]

¿No te duele, mujer, tanto martirio?
¿Por qué no escuchas mis dolientes quejas?
¿Por qué cuando te muestro mi delirio,
Sin amor me contemplas y te alejas?

¿Y por qué me condenas, inclemente?
¿Por qué mis quejas de dolor no escuchas?
¿Qué no has visto, mujer, sobre mi frente
Los tristes signos de mis grandes luchas?

Un incendio de celos me devora
Con solo el pensamiento de perderte;
¿No sabes tú que cuando el alma llora
La vida es el reflejo de la muerte?

En mis horas de lucha y de tormento,
En mis horas de tétrica amargura,
Miro el abismo de lo malo y siento
El vértigo infernal de la locura.

El amor es volcán siempre encendido
Donde los sueños de ventura ruedan:
Muchas veces el fuego se ha extinguido
Pero los sueños donde nacen.....quedan!

Muchas veces he visto obscurecidas
Por triste indiferencia tus miradas;
Y al ver mis ansias de pasión perdidas,
Expreso mi dolor en carcajadas.

¿No has oído en las notas de mi canto
Acentos que semejan tristes quejas?
Son los ecos amargos de mi llanto
Que con amor te llaman si te alejas!



Imposible es la vida cuando el alma
Llora en silencio su ilusión perdida,
Si no existe la fé, si ya no hay calma,
Contéstame, mujer: ¿podrá haber vida?

En el idioma de candor del niño
Quiero mostrarte mi alma emocionada;
Para mí lo primero es tu cariño;
Después de tu pasión.....viene la nada!

Te ví risueña, al declinar el día,
Cuando lenta la noche se acercaba;
Abandoné el placer y el alma mía,
¿Sabes lo que sintió?: que ya te amaba!

Subí á la cumbre envuelto en resplandores,
Sentí en mi pecho ardientes desvarios,
Y al narrarte mis íntimos dolores
Tu corazón lloró, porque eran míos.

Yo he amado á otras mujeres, y en su seno
Con amor reclinándose mi frente,
He bebido sediento ese veneno
Que mata el corazón, porque él lo siente.

He vivido entre locos desvarios,
Y ¡eadáver moral! mi alma flotaba
Como flotan las hojas en los rios,
Y á las playas del bien nunca llegaba.

Yo también he llorado y en mi llanto
Mi joven corazón se marchitaba,
Pero lloré, mujer, por algo santo,
Y al comprenderlo así ¡no lo enjugaba!

Yo quiero que mis lágrimas candentes
Encuentren en tu espíritu su lecho;
Y que al llegar á tí, puras y ardientes,
Te digan lo que dicen en mi pecho.

¡No puedo más! Perdona si me callo;
 El exceso de llanto deja inerte,
 Y la senda del mundo en que batallo
 No quiere mi dolor, quiere mi muerte!

Decídete, mujer; no me abandones
 Cuando al santuario de tu pecho llamo;
 Solo quiero una cosa: me perdones
 Si es que me amas también como te amo.

Ayer y Hoy

Continuamente he escuchado á las personas ancianas que ya se inclinan hácia el sepulcro, cansadas de la vida, hacer comparaciones del tiempo en que ellos fueron jóvenes; con la época que atravesamos; es decir, de la época antigua con la moderna y formular un juicio que poco más ó menos, es el siguiente:

—¡Qué cambios se han operado en el mundo, amigo mío!. Cuando nosotros éramos jóvenes, la juventud no estaba tan *corrompida* como ahora. Los jóvenes éramos modelo de *virtud y candorosidad* y respetábamos á nuestros padres, obedecíamos sus órdenes y procurábamos comprenderles en la mirada

sus deseos. Nos retirábamos á dormir á las ocho de la noche y rezábamos el Rosario en unión de la familia. Si alguna cosa hacíamos, de las que hace hoy la juventud, nadie se apercibía de lo sucedido: *¡tanto respeto nos infundía la sociedad!* En nuestros tiempos, aún á la edad de treinta años, no sabíamos lo que era fumar y beber, y cuando por fin nos atrevimos á conocer esas *costumbres*, comenzamos con mucho sigilo, si era posible escondidos bajo las camas. Entonces no existían tantas cantinas como hoy y solo reinaba la embriaguez en el bajo pueblo.

Encontrar un anciano por la calle era encontrar á Dios, y aunque fuese un desconocido, nos descubríamos respetuosamente al pasar á su lado, conduciéndolo á su casa si veíamos que le era imposible avanzar por el cansancio: *¡tanto respetábamos las canas!*

Los domingos no faltábamos á misa, y por la noche, ó salíamos acompañando á la familia á paseo, ó nos quedábamos en casa atendiendo á las personas que asistían á la reunión que regularmente se efectuaba en casi todos los salones el día domingo.

Esto es, poco más ó menos, lo que dicen los hombres de ayer, sobre el tiempo en que fueron jóvenes y sintieron correr en sus venas sangre ardiente; juicio formulado ante el recuerdo de sucesos que nunca volverán á repetirse, de impresiones que ya no sienten los corazones de aquellos que tienen cabellos blancos y comprenden que termina su jornada por el mundo.

A ese modo de juzgar llámanlo los ancianos *experiencia*, adquirida, según dicen, en la serie de contratiempos y constantes luchas que han sostenido; en los sufrimientos y desgracias que se les han presentado en el camino de la vida.

Pero aquella nombrada experiencia no es otra cosa que la queja natural de un hombre que mira la completa imposibilidad de hacer lo que ejecutó en otro tiempo. Si ayer pudo correr porque se lo permitían los años, hoy no puede porque carece de fuerzas, y de allí proviene el leseo de atacar y procurar que nadie corra. Si ayer pudo bailar, hoy le es imposible por completo, pues allá vá una descarga contra el baile.

De modo que, examinado detenidamente el fondo del juicio formulado por los ancianos sobre las dos épocas, se llega al convencimiento de que los hombres de la antigua y los de la moderna son idénticos y que entonces como ahora existían vicios y se cometían errores.

Pero me objetareis que hoy aquellos errores y aquellos vicios se cometen á la luz del día, en las plazas públicas y sin mirar que un anciano ó una dama presencia el escándalo. Concedo, porque es verídica y justa vuestra objeción; pero vamos ahora á mirar la causa de que en aquellos tiempos se faltaba á la moral y buenas costumbres en la obscuridad y hoy se las falta en plena luz del día y en presencia de damas y ancianos.

En vuestra época, cuando erais jóvenes—hablo á los ancianos—cuando fumábais y leíais bajo la cama, aunque

hombres iguales en forma y fondo á los hombres de la nueva generaci3n, viviais en un tiempo completamente distinto al tiempo en que vivimos, diferencia creada por multitud de elementos que contribuian á ello; esto no podéis dudarlo.

—¿Y cómo nos explicáis ese barrunto?

—Muy fácilmente. En vuestra época, cuando sentiais correr en vuestras venas sangre jóven y podiais bailar y correr sin dificultad alguna, vuestros padres, hombres prácticos que comprendían, talvez sin saberlo, lo que es el mundo, la sociedad y el hombre con sus debilidades; guiados por un pensamiento sin duda no comprendido, que los encaminaba por recto camino, abrían sus salones á la juventud constantemente con el fin de que se recrease.

Las familias, unidas por el lazo de la amistad, formaban reuniones agradables en días señalados, donde acudiais vosotros sin pensar que bajo esa casa existía un garito, por ejemplo: ¡tanto gozábais en aquellas reuniones, que no se os venía á la mente quedaros mejor entre vasos y botellas junto al tape-te!

En vuestro tiempo, como en el mío, se usaba y se usa levita, sombreros de copa y guantes; pero entonces, como hoy, también existian hombres que no podían por su pobreza llevar sobre su cuerpo aquellas prendas valiosas, y usaban solamente el vestido común.

—Y qué decís con eso?

—Que aquellos hombres tenían acceso á las mismas casas donde subían per-

sonas adornadas con sombreros de copa y guantes, y era para la sociedad un caballero si con sus acciones se presentaba ante el mundo vestido moral é intelectualmente de oro.

Hoy, si os vestís con frac ó levita, no podéis subir á una casa, aunque seais un pozo de sabiduría.

Hoy ha cambiado el carácter de nuestros hombres y de nuestras damas.

Subís á una casa, y si no habláis de amores, de matrimonios y de todo lo que con éllo se relaciona, vereis á las mujeres bostezar.

Habladles de política, de literatura, de filosofía y de historia y no os entenderán.

Habladles de amor; decíles que tienen unos ojos bellisimos y unos labios tentadores, y las habéis conquistado.

Ayer habia sociedad; hoy no existe.

Es por eso que la juventud marcha por pésimo camino.

Lástima grande es, y causa estrañeza, que los hombres de ayer no lo comprendan, á pesar de que se jactan de poseer la tan mentada experiencia.

Hasta éellos se han contagiado: si el hombre que quiere subir á una casa no se llama don Fulano de Tal y lleva levita y leontina, no es admitido.

Regularmente, pobres ancianos, aquellos hombres cubren con ese lujo una ignorancia de marca mayor.

Habladles de ciencias, de artes, de industrias, y no estarán en su terreno.

Decíles que se ha implantado una nueva moda; y os contestarán.

Todos desean ir á París; y es el resul-

tado de esto, que vienen de la Capital de Francia hechos unos dandys, melenudos, con el pantalón corto y estrecho, haciéndose los que no se acuerdan del castellano diciendo á cada momento *sans facón, á ou trance*, y las pocas palabras que han aprendido.

—¿Y qué es lo que se debe hacer?

—Buena pregunta. Que se abran los salones, que nuestras mujeres se instruyan y sepan estimar más el talento y la educación de un joven que el vestido que lleva.

Que hablen menos de amores y no se duerman cuando se les hable de algo provechoso.

Que los jefes de familia estudien el asunto y procuren solucionarlo.

Así se cerrarán las cantinas y los burdeles.

Así habrá sociedad y se salvará la juventud de la corrupción que la domina.

Así, por último, podremos decir que en Guayaquil hay civilización hablando en ese sentido; que sus mujeres tienen atractivos y que hay una sociedad encantadora.

Hoy, es imposible asegurarlo.

Página de otros días

No quisiera cantar, porque en mi canto
Siempre hay algo de fúnebre tristeza;
Es el eco tristísimo, es el llanto
De un alma que perdió su fortaleza.

Nacido en el dolor, mi alma combate
 Hundiéndose en el fango de la vida,
 Y en sus constantes emociones late
 La herida *decepción*: ¡fúnebre herida!

No quieras comprenderme. Pobre niño
 Errante por el mundo, sin consuelo,
 No sé lo que es amor, lo que es cariño;
 No sé lo que es gozar, lo que es anhelo.

Que cuando ví la luz desde la cuna
 Junto á una madre fiel que sonreía,
 No fué la noche de apacible luna
 La que mi tierno espíritu veía.

Fué la noche terrible, tenebrosa,
 Fué noche sin estrellas y sin brisa,
 Donde solo brillaba, candorosa,
 De mi madre querida la sonrisa.

Y aquel tué mi destino. Tristes días
 En el mísero mundo me esperaban,
 Y el goce juvenil, las alegrías,
 Al evocarlas con amor, lloraban,

No quieras comprenderme, que es amargo
 Mirar la flor que se marchita y cae;
 Deja no más que siga en mi letargo,
 Porque el letargo hácia la muerte atrae.

Quisiera que me mires cuando loco
 Subo á la cumbre del dolor y río;
 Cuando vá destrozando poco á poco
 Mi tierno corazón el desvarío.

Talvez entonces con delirio intenso,
 Viendo los rayos de tus negros ojos,
 Me atreviera á decirte lo que pienso,
 Ante tu cuerpo escultural de hinojos.

Talvez entonces de emociones lleno,
Al mirarte en mitad de mi camino,
Te pidiera con ánimo sereno
Juntáramos los dos nuestro destino.

Pero hoy es imposible esa esperanza
Porque vivo en el fango de la vida;
Ya mi razón á comprender no alcanza
Lo que es vivir entre la luz querida.

Y en nuestra corta y memorable historia
Hay luz y sombra como noche y día;
Tú sigues el camino de la gloria,
Yo sigo el del destino que me guía.

No comprendas mujer mi hondo martirio
Y olvida para siempre mis palabras,
Que puede contagiarte mi delirio
Sin comprender que tu desdicha labras.

Yo seguiré soñando en el abismo
A que las decepciones me han llevado:
Allí podré olvidarme de mí mismo
Pero nunca, mujer, que te he adorado!...

Fiebres

I

Prosigue con firmeza tu camino;
No te arredre la fuerza del combate;
De glorias inmortales peregrino,
En la lucha tenaz contra el Destino
Tu corazón de bronce no se abate!

Guarda en el fondo de tu noble seno,
Espíritu inmortal, tu santa idea,
Y de valor y de heroísmo lleno,
Al reto del reptil, grande y sereno,
Gigante de valor exclama: Sea!

Prosigue con valor, tuya es la gloria.
Envuelto en luz tu porvenir sin bruma,
Te alejará de la mundana escoria
Y su ofrenda inmortal será la Historia
Sobre un inmenso pedestal: tu pluma!

El triunfo en el combate es del atleta,
La luz que lo ilumina: el sentimiento;
Prosigue con valor, tuya es la meta,
Porque tienes el alma de poeta,
Porque tienes un Dios: tu pensamiento!

No te arredren sus risas: la canalla
Es maniquí de pérfidos tiranos;
Si acaso ponen á tus ansias valla,
En la sangrienta y fúnebre batalla
Los harás revolcar en los pantanos!

De tus iras sublimes al abrigo,
Abrete paso entre la humana mofa;
La fuerza y el valor están contigo,
Ataca con valor á tu enemigo
Y envuélvelo en los rayos de tu estrofa!

Prosigue con valor: eres poeta,
Y en medio de tus cóleras divinas,
Y en medio de tus cóleras de atleta,
No busques en el mundo una Julieta,
Que el mundo solo tiene Mesalinas!

Cuando sufre el espíritu en la vida,
Es la cumbre del mal bello santuario;

Deja correr la sangre de tu herida,
Que al llegar á esa turba envilecida
Mirará que eres Dios en tu Calvario!

Que después, al final de la jornada,
Cuando llegues al triste cataclismo,
Entonces lanzaré mi carcajada,
Gritando con el alma entusiasmada;
Oh torpe humanidad, me hablo yo mismo!

II

¿Me quieres levantar? Te has engañado,
Es caer en oscuro precipicio
Sentir el corazón desengañado
Y santa conclusión, buscar el vicio?

¿Sentirse Dios, divino sentimiento!
Y mirar las miserias de la vida;
Tener un corazón, un pensamiento,
Y en el fondo sentir el alma herida?

¡Gemir como el esclavo entre cadenas
De la mundana bacanal en nombre;
Sentir que hay mucha sangre entre las venas
Y no poder gritar: Yo soy el hombre?

¿Quitarle el antifaz á la mirada,
Librarla del engaño y del cinismo,
Y escuchar una torpe carcajada
Que resuena en el fondo del abismo?

¡Oh, déjame caer, si esa es caída!
¡Déjame enloquecer si esa es locura!
Cuando sufre el espíritu en la vida
Es la senda mejor: la más impura!

Contempla á ese mortal que en triste llanto
Siente perder su vida poco á poco;
Para el mundo del bien, ese es un santo!
Para el mundo del mal, ese es un loco!

Locura, cuando el alma se levanta!
Virtud, si se sumerge en el abismo!
Loco el poeta si sus penas canta,
Ageno á la careta del cinismo!

No existe entre los vicios el veneno
Cuando se siente la ilusión perdida;
Si el veneno mortal está en el seno:
¿No está en el vicio el cáliz de la vida?

Locura ó santidad, yo te venero;
Sigo la senda con segura planta;
Ya veréis que el destino traicionero,
Al mirarme inmortal, no se levanta!

Al trasformar mi corazón en lira,
Lanzando estrofas que semejan llanto,
Dirá la torpe humanidad: Mentira!
Pero yo sigo mi camino y canto!

III

No vengas á turbarme en mi sosiego;
Poner no quieras á mis ánsias valla;
Yo siento entre mi sangre mucho fuego,
Y cuando hay fuego, la razón estalla!

Mi horrible decepción es infinita
Y siento ya que mi odio se desata;
No provoques mi espíritu si grita,
Porque si llega á levantarse, mata!

Cuando las almas de los grandes giran
 Por los torpes caprichos de la suerte,
 Hay una ley para vencer: el Crimen!
 Hay una honrosa salvación: la Muerte!

Mas no es por tí que mancharé mi mano,
 Mi fiereza indomable me abandona,
 Porque al verte reptil en el pantano
 Viene la compasión y te perdona!

IV

¡Cuántas veces hundido en mis delirios
 He soñado, mortal, dejar la vida;
 Reunir en uno solo mis martirios
 Con el arma gloriosa del suicida!

Ascender, ascender: llegar al cielo,
 Y exclamar ant Dios: Esta es mi historia;
 Descorre de mi vida el blanco velo
 Y si eres tú ese Dios, dáme la gloria!

Mira la historia ¡oh! Dios de mi existencia;
 Desde el principio al fin aquí está todo,
 Y no olvides al darme tu sentencia,
 Que alma me has dado pero envuelta en lodo!

Abreme ya las puertas del santuario;
 La luz de tus miradas no resisto;
 Yo tuve allá en la tierra mi Calvario
 Como lo tuvo entre los hombres Cristo!

Acójeme, Señor; soy alma pura
 Que subí desde el fondo del abismo;
 He dejado la humana vestidura
 Y vengo hácia mi ser, que eres tú mismo!

Y el Espíritu Rey, embelesado,
 Ha dicho con placer: yo te perdono;
 El Calvario del mundo que has cruzado
 Té hace Dios como yo: tienes un trono!

V

Es distinta la escena que contemplo:
 Cansado de pisar tantos abrojos,
 Voy á buscar la paz dentro del templo
 Como un esclavo vil; puesto de hinojos!

Las lágrimas de mi alma pasionaria,
 Cayendo poco á poco sobre el suelo,
 Se condensan en forma de plegaria,
 Y creyentes también, suben al cielo!

Poco tiempo después, mi carcajada
 Potente resonó por el vacío:
 M'is lágrimas, oid, no hallaron nada,
 Y volvieron en gotas de rocío!

VI

Sumida en tus inclómitos enojos,
 Al escuchar mis íntimos agravios,
 Mirada cruel oscureció tus ojos,
 Sonrisa cruel palideció en tus labios,

Y en la altivez pequeña del insecto
 Que con dolor comprende su impotencia,
 Me dijiste, mujer: Eres abyecto,
 A pesar de tu gloria y de tu ciencia!

Tú deliras. Las águilas caudales,
Batiendo sin cesar alas muy grandes,
Desafiando los recios vendavales,
Se elevan más arriba de los Andes.

Tú eres insecto que interrumpes el paso,
Y que amenaza, pero nunca hiere;
Eres un sol sin luz, que vá á su Ocaso
Y que entre nubes invernales muere.

Eres leona que respira fuerte
Cuando mira al león sobre la arena,
Y que á sus plantas se abandona, inerte,
Si sacude, lascivo, su melena.

Tú hieres á traición como el felino,
Y al contemplar tus cínicas miradas,
En el fondo de tu alma yo adivino
Eterno Carnaval de mascaradas.

Dices que soy abyecto, y te perdono;
Dices que soy abyecto, y ves mi altura,
Pues me alejo de tí; yo te abandono
A que caves tu propia sepultura!

VII

¡Dadme mi corazón! Ya no resisto.
Hundido en el delirio de mis dudas,
Parece que he sentido como Cristo
El ósculo de Judas!

Muchas veces, hundido en mis dolores,
Cansado de mis dudas infinitas,
Busqué de mi pasión las blancas flores
Y las hallé..... marchitas!

¡Oh, qué triste es vivir si uno no es reo
Y no se siente el pensamiento inerte!
Morir como muriera Prometeo,
¡Qué triste es esa muerte!

En medio de mi cólera salvaje,
Cuando el recuerdo del pasado evoco,
Me abandono al capricho del oleaje
Y río como loco!

Verto mi corazón por las espinas
De aquel escepticismo torpe y frío,
Vió levantarse en medio de las ruinas
La sombra del Hastío!

Y el corazón, cual roca de granito,
Dejó la fe del cándido creyente;
Dió su postrer latido con un grito
Y se sintió demente!

Hoy vago como réprobo cobarde
Por camino sin fin, lleno de abrojos,
Y al comprender que regresar es tarde,
Rocojo mis despojos!

Contemplando los pálidos reflejos
Que mi presente tenebroso vierte,
Miro mi hermosa juventud, qué lejos!
Y qué cerca la Muerte!

Quiero sentir un corazón que sienta,
Quiero cantos de amor, pero no puedo!
La sombra del pasado se presenta,
Y callo.....y tengo miedo!

¿Y nadie escucha mi mortal gemido,
Mirando que sucumbo lentamente?
Cuando se siente el corazón herido
Debe alzarse la frente!

Alzarla, sí, cual inmortal atleta,
Luchando sin descanso mientras viva,
Y avanzar, avanzar hasta la meta
Con la mirada altiva!

De glorias inmortales al abrigo,
Entre el fragor del hórrido combate,
Hay que atacar de frente al enemigo
Con soberano embate!

Y antes que sucumbir entre cadenas,
Desfallecer cual gladiador romano,
Limpiando con la sangre de las venas
Las aguas del pantano!

Hoy bulle entre mi sangre un fuego intenso
Que me eleva, me salva y que me guía;
Solo tengo un cerebro con que pienso
Que ayer solo sentía!

Y es por eso que á veces angustiado
Digo á la humanidad en mi tormento:
Dámie ese corazón que me has robado
Y toma el pensamiento!

¡Dadme mi corazón! Ya no resisto,
Hundido en el delirio de mis dudas,
No quiero que me manche como á Cristo
El ósculo de Judas!

VIII

—
¡Levántate, mujer! ¿Por qué has caído?
Te ayudó á levantar, y no te asombres,
Porque eres infeliz y has sucumbido
Por el venal capricho de los hombres!

—
Aquellos que promesas te han jurado
Te miran con sarcástica mirada,
Y sola por el mundo te han dejado
A que sigas la humana mascarada.

—
Escucháme lo que es la humana historia
La vida es una música sublime,
Donde el héroe del mal tiene la gloria
Y el azote moral tiene el que gime!

—
No existe la virtud; eso es un mito;
Para el mundo del mal eso es muy poco:
Aquí hay que sucumbir sin dar un grito
O batallar como batalla un loco!

—
No te arredre la muerte; esa fortuna
Es el mejor capricho de la suerte;
Convéncete, mujer: desde la cuna,
Vivir es caminar hácia la Muerte!

—
Desprecia la calumnia de los viles
Que quieren envolverte en su destino;
Cuando salen al paso los reptiles
Se les arroja á un lado del camino!

—
Alzate con orgullo soberano
En medio de esas risas que te abruman;
Tiene también sus flores el pantano
Que ostentan su belleza y que perfuman!

Si sientes en tu cuerpo ese veneno
Que envuelto vá con la moral sentencia:
¿Por qué no abandonar el cuerpo al cieno
Salvando solamente la conciencia?

Si el infortunio nuestra frente azota,
Si en la amargura nuestro pecho gime,
En el mar de pasiones en que flota,
Matando el corazón, se le redime!

Desgraciada! No digas que te aterra
Meditar que caminas á la muerte;
¿Qué no sabes, mujer, que lo que es tierra,
Por una ley en tierra se convierte?

En medio de tu historia se divisa
Del torpe mundo la calumnia necia;
¿No es tu historia la misma de Eloísa?
¿No es tu historia la misma de Lucrecia?

¿Por qué su lira el inspirado bardo,
En ardientes arranques sin ejemplo,
Pone á los pies de la *hembra* de Abelardo
Y loco de pasión la erige un templo?

Prosigue con valor en tu existencia;
No te arredre la humana mascarada;
No hay más Dios ni más Ley que la conciencia,
Y después de ese Dios, no existe nada!

¡Levántate, mujer! ¿Por qué has caído?
Te ayudo á levantar, y no te asombres,
Porque eres infeliz y has sucumbido
Por el venal capricho de los hombres!

IX

—
Ecos amargos de mi pecho herido,
Envueltos en las notas de mi canto,
Hundidos en la muerte del olvido,
Dejadme sucumbir en mi quebranto!

—
Cuando llegue el final de la jornada,
Lejos, muy lejos ya, del mundo necio,
Le enviaré de mi tumba abandonada
Mi eterna carcajada y mi desprecio!

—oOo—
DISCURSO

PRONUNCIADO AL INCORPORARME COMO SOCIO
ACTIVO DEL ATENEO "VICENTE ROCAFUERTE"

—
Señor Presidente; señores consocios:

Existe en cada página de la Historia Universal, hechos que llevan en sí mismo el signo característico de la época en que se desarrollan, y que forman, unidos unos con otros á travez de los siglos que trascurren, una serie de acontecimientos que reflejan el adelanto y retroceso alcanzado por la raza humana en las diversas manifestaciones del Espíritu y la Naturaleza; en sus varias y sublimes evoluciones en el mundo,

Cada suceso, cada virtud ó cada crimen, cada heroísmo ó cada cobardía, es necesariamente efecto de anteriores

revoluciones morales é intelectuales, que son como lecciones de interés universal, que aprendidas ó no, conducen al espíritu humano camino de su perfeccionamiento ó al fondo de los crímenes que relajan, hasta llegar al nivel de la bestia envilecida que hundió su pensamiento y su razón en las aguas del materialismo enervador.

Y en todas esas manifestaciones trascendentales, brotes de la humana sociedad desde el principio de la existencia universal, si se las investiga con el escalpelo de la inteligencia para sacar á luz la verdad ambicionada por el cerebro humano, se encuentra á continuación del análisis un fondo brillantísimo que señala la grandeza del pensamiento en sus misteriosas horas de meditación, la sublimidad del ser racional que reconoce la valla infranqueable que le separa de la bestia, y que reconoce también que su destino inimitable nacerá cuando llegando al grado de perfección intelectual superlativo, se eleve á la más elevada cumbre sobre el nivel de la humana raza que aún batalla revolcándose en el estercolero de las pasiones y de los crímenes.

¿Qué luz ilumina el derrotero para salvar los escollos del mar embravecido? ¿Qué fuerza misteriosa impele a la humanidad hácia su perfeccionamiento intelectual para ser Dioses cuyo culto tiene apóstoles en todo cerebro?: el pensamiento.

Pero el pensamiento libre que juzga, que sondea, que analiza y que se sumerge en todos los cráneos, en todas las con-

ciencias, en todos los corazones y en todos los hechos de las generaciones que pasaron, para mostrar á las generaciones presentes y futuras el camino de la luz, el arma del combate, el triunfo de la inteligencia, y el reconocimiento de las supremas leyes que rigen en el Universo desde la primera impresión de vida, hasta cuando conmociones misteriosas destruyan en inmenso cataclismo las fuerzas reguladoras del movimiento cósmico.

Desde la primera palabra de la historia, desde el primer acontecimiento desarrollado en el Universo; desde el primer grito de vida lanzado por el hombre, se siente palpar con ánsias infinitas de adelanto el pensamiento humano, á veces martirizado por los obstáculos de la ignorancia ante el resplandor bellissimo de aquella luz que se persigue; cadenas opresoras que se rompen en fragmentos infinitos al sentir las fuerzas indomables de ese Dios inimitable. Grande, como todo lo que vive entre la luz vivificadora; eterno, insondable, creador y fecundísimo, forma el espíritu que dá vida, que dá nobleza, que dá ciencia, gloria y fortaleza al inmenso concurso de seres que vagan como autómatas sobre éste y los demás mundos habitados que, á leyes físicas sujetos, gravitan sin descanso en la bóveda sin fin que nos rodea.

Sublime en las generaciones jóvenes, salta como torrente ante los obstáculos de las preocupaciones religiosas, y se abre paso como invencible atleta á través de las sombras del retroceso, avanzando como apóstol hasta el fin de la

jornada, sin decaer un solo instante en el largo camino de esa serie de luchas que á veces convierten á los hombres en tiranos elevados á los solios ó en mártires que sucumben para purificar los cerebros hundidos en la ignorancia enervadora.

Desde el primer embate de conquista que movió al primer reformador de las creencias, cuando la humanidad, tranquila en su letargo, despertó su cerebro en busca de la verdad, dividiéndose en fracciones que destruyeron la gran igualdad de caracteres y creencias, el pensamiento se alzó sobre la arena altivo y seguro de la gran victoria y ha combatido siglos tras siglos con aquella tenacidad inimitable de todo pensamiento convencido que sabe la distancia que le separa del error ante la verdadera filosofía que le eleva y le acompaña en sus divinas creaciones.

De siglo en siglo, sujeto siempre por leyes naturales á la época en que brota, con relaciones en completa uniformidad con los caracteres, las costumbres y el grado de civilización de cada pueblo, el pensamiento humano ha llegado en nuestros días á un alto grado de perfeccionamiento, á pesar de que brilla ante una sociedad que ni siente, ni cree, ni espera, y que se abandona á sus propias fuerzas, revolcándose entre su misma naturaleza, ahondando más cada día aquella inmensa llaga incurable, eterna, corrompida, que se llama la humanidad. Ante una sociedad que brilla por el oro, único Dios reconocido que salva, que lleva á la felicidad, y que se trasfor-

busca, que crea y que no se deja encadenar como el esclavo, al reconocerse destinado á un perfeccionamiento moral superlativo, según los grados de cultura á que haya llegado la fuerza motriz que eleva hácia la perfección, y que se llama la voluntad del hombre.

El pensamiento es el alma y el ser sin pensamiento es el símbolo tristísimo de una muerte vulgar, como mueren en la soledad de los bosques las aves de rapiña, para servir de pasto á sus mismas compañeras.

Juventud que no piensa; juventud que se arrastra como insecto, resignada á sufrir las cadenas de las preocupaciones, teniendo vigor intenso en la sávia que diéramos vida á su cerebro; juventud que calla teniendo ante su vista el libro de la Historia universal, donde se contempla las luchas de la humanidad hácia el Progreso, y que no mira en ese libro que la raza humana ha batallado continuamente en dos situaciones diferentes; la una bajo el peso de las creencias legadas por los tiempos anteriores, y la otra bajo el dominio del pensamiento libre, del análisis y de la creencia nacida por medio del exámen; esa juventud no tiene Patria al carecer de hermanos...

Vosotros, jóvenes que pensáis en medio de vuestras energías y que al contemplar la luz de la verdad que purifica y ennoblece, formáis un grupo de seres que constituirá mañana una esperanza para la Patria ecuatoriana, merecéis el aplauso de la humanidad sensata, y al venir este humilde obrero del pensamiento á formar en vuestras filas, después de

agradeceréis el que le hayáis permitido venir á compartir de vuestras labores con vosotros, hace votos por el adelanto de la joven sociedad, y ofrece su pequeño contingente para procurar la coronación de los fines que se persiguen.

He dicho.

Mi Ofrenda



Ya el placer en el mundo no me atrae
Ni ante el dolor mi corazón se abate;
Hoy prefiero lo rudo del combate
Para caer como lo grande cae.

Es crimen el callar; venga la pluma
A azotar como látigo al cobarde,
Que dentro el corazón ya siento que arde
Llamada de fuego que me abruma.

¡Oh torpe humanidad! hoy en mi lira
La nota del amor no vibra, ardiente,
Llevo impresa la duda aquí en mi frente
Y no puedo cantar lo que es mentira.

Se fueron el placer, las ilusiones,
Todo se ha hundido en miserable abismo,
Y al terminar el triste cataclismo
Liberté para tí.....mis maldiciones!



Un Espíritu



Entonces contaba apenas diez y siete años.

Ño aún, con la sonrisa de la inocencia que vagaba todavía en mis labios, recién había comenzado ese largo camino que se llama vida, y que conduce de abismo en abismo, hasta llegar al último, insondable, oscuro y triste, donde se estrellan todos los talentos y todas las virtudes, todas las conciencias y todos los recuerdos. ¡Pobre criatura! Dios había puesto en mi joven espíritu un mundo de ilusiones que deseaba convertir en realidades, sin pensar que aquella realización de castos sueños conduce á abismos corrompidos, donde tienen que caer las almas grandes y soñadoras, al respirar la atmósfera envenenada que exhala la pobre humanidad.

¡Benditos sueños! En brazos de una madre cariñosa que me arrullaba con amor purísimo, siempre unidos mis labios con los suyos en momentos felices de pasión filial, ansiaba todavía más dicha, puesto que en mi corazón comenzaba á sentir una nostalgia desconocida, un deseo espiritual de goces celestiales, de sonrisas puras, de rumor de besos y de pláticas divinas.

¡Ah!; esto sólo lo entiende la humanidad que sueña, la juventud que sigue ciega por el camino de la vida, siempre tras una ilusión que se desvanece al presentarse la realidad maldita, esa rea-

lidad que puede salvar á un hombre de lo malo y lo corrupto, ó hundirlo en pantanos que envenenan y que matan.

Yo deseaba amar y ser amado.

Hundido hasta entonces en los abismos del estudio, trabajo intelectual que endulzaba las horas de mi vida, sentía en mi espíritu ansias de llorar á veces y deseos de exhalar carcajadas de placer.

Pero al fin, aquella llama purificadora invadió todo mi espíritu.

Era que había encontrado entre la humanidad perdida una alma que esclavizó mi pensamiento, haciéndome concebir la esperanza de realizar mis constantes ideales.

Ella se llamaba Rosa, pobre criatura que vagaba por el mundo como inquieta mariposa, llevando retratado en sus miradas un espíritu inebriado de inocencia y de pureza.

¡Qué bellos tiempos! El poeta se dió á conocer entonces; tomé la lira erótica, nacida con aquel amor, y de mi alma brotaron armoniosas notas, como música del cielo, y en las que parecía adivinarse rumores de besos, encuentro de miradas candorosas, murmullos de palabras hechiceras.

Mi espíritu gozaba, aquel amor llenó todo mi pensamiento, y, ¡horrible sacrilegio!: el amor á mi santa madre había desaparecido de mi corazón.

¡Ah!; quisiera detener mi pluma en este momento, porque el fin de aquella historia fué muy triste. ¿Queréis saberlo? Escuchadme, jóvenes que seguis por el mundo en busca de esos seres ingratos que matan nuestras ilusiones.

Os habla un jóven que amó demasiado y que le amaron poco; os habla un niño, viejo en la desgracia y la amargura.

Tres años transcurrieron, y yo sentía que las horas pasaban demasiado rápidas, que la dicha rebosaba en mi corazón y que el amor era un sentimiento divino que guía al hombre hácia la gloria, porque me figuraba que era la representación de Dios ante la humanidad.

¡Mentira cruel! Aquella mujer que me prometió fidelidad eterna, haciéndome creer que su espíritu me pertenecía por completo; dándome un beso, uno sólo después de tres años de pasión constante, una noche de aquellas que parecen espejo de otra vida, aquella mujer fué poco á poco relegándome al olvido, hasta que mi imagen se perdió para ella en un horizonte oscuro.

¡Desgraciada!; había sentido palpar su naturaleza de mujer; y odiaba mi idealismo, mi desprecio por esos desvarios que matan las ilusiones, las virtudes, la inocencia y la felicidad. Me olvidó, queriendo demostrarme la verdad de aquellos seres que un espíritu, compañero de los míos, exhaló una vez:

El mundo es mar, y en sus revueltas olas
Náufragos tristes los recuerdos son.....
Del tiempo y la distancia al rudo embate
Olvida el corazón.....

Mi espíritu lloraba, y al derramar esas lágrimas candentes, iba degenerando poco á poco, buscando en lo corrupto el lenitivo para tantas amarguras.

Y ví el abismo: seres que se revolcaban

en el fango, careajadas satánicas, engaños, traiciones y cobardías.

Me hundí con rapidez: un carácter moría para la humanidad; una lira que enmudecía; un espíritu que se esfumaba en la oscuridad de la vida.

¡Qué hermoso era vivir en el lodo!

Mis ilusiones me dieron el último *judios!* desde muy lejos, y marcharon en medio de mis careajadas.

¿Creéis que viví mucho tiempo en ese abismo?

No; entre aquellas careajadas y maldiciones; entre aquella oscuridad que parecía de tumba, distinguí una luz purísima que aparecía como rayo de salvación.

No era élla, la mujer ingrata, aquella luz: era mi madre que lloraba al verme hundido en el pantano.

¡Qué hermoso llanto el que derramó mi corazón al escuchar sus quejas!

Corrí hácia élla, con ansias de pureza, y lleno de amor y de esperanza.

Y al recibir el ósculo bendito de sus labios, huyó mi espíritu del abismo para salvarse al recibir sus besos y caricias.

Mi madre me atrajo hácia su seno, y en medio de mis lágrimas sin mancha, ví á lo lejos la imájen de la mujer amada, perdiéndose en la oscuridad.

Desde entonces lloro, y aquel llanto es el que ha regenerado mi alma, hoy envuelta en el manto de un escepticismo que guía mis pasos por sendas que están iluminadas con el amor de mi santa madre.

¡Tristes recuerdos!

.....

Redempcio

I

Fué cadena de largo sufrimiento
Por el ingrato mundo mi jornada;
Fué mi vida una sola carcajada
Y un mártir sin igual mi pensamiento!

Perdida la ilusión y el sentimiento,
De la vida en la humana mascarada,
Fué mi historia una lucha continuada
Donde escribí con sangre mi tormento.

Perdida la ilusión, la fé perdida,
Muerto el amor, el pensamiento inerte,
Entre tantos caprichos de la suerte;

Quise empuñar el arma del suicida,
Porque ví que en la tumba está la vida,
Porque ví que en la cuna está la muerte!

II

¡Qué bello despertar! Tu grato acento
Interrumpió mi triste carcajada,
Y al mirar tanta luz en tu mirada
Grito de redención fué mi lamento.

De amor, de luz y de ilusión sediento,
Al mirar en tus ojos retratada
La belleza de tu alma enamorada,
Algo grande te dí: mi pensamiento!

Lejos ya de esa senda envilecida,
Hallé mi redención al comprenderte;
Bendije los caprichos de la suerte,

Y al arrojar el arma del suicida,
Ví que la cuna del amor es vida,
Ví que la tumba del amor es muerte!

III

Amame, sí, con ese sentimiento
Símbolo fiel de poética alborada;
Quiero siempre ver luz en tu mirada,
Quiero siempre escuchar tu dulce acento.

Lejos ya del dolor y el sufrimiento,
De la vida en la humana mascarada,
Una sola será nuestra jornada,
Unidos en un solo pensamiento.

Y si es seguir la senda interrumpida
Descender á la tumba el cuerpo inerte,
Bendigamos unidos nuestra suerte,

Y al llegar la suprema despedida,
Así cual nos amamos en la vida
También nos amaremos en la muerte.

LA IDEEA

[EDITORIAL DE ESTA REVISTA]
Nº 24 - Nov. 15|1900

A nadie se le escapará de su penetración que hace algunos años se puede decir que la Literatura ha muerto en el Ecuador.

Nuestros poetas y escritores han enmudecido de improviso; el movimiento literario que hasta ahora cinco años era tan activo, se paralizó para siempre.

Nuestros verdaderos poetas, como Numa Pompilio Llona, Luis Cordero y Remigio Crespo Toral; han arrojado sus liras al olvido; otros como Juan León Mera, han desaparecido del escenario humano, perdiéndose en la eternidad con las últimas notas de sus cantos.

Ya no se escuchan las melodías de esa lira que produjo "La Virgen del Sol" y "Cumandá" en las sabanas de Ambato.

"Guayaquil", "La Revista Ecuatoriana", "La Palabra", se suspendieron. La Política ha muerto á la Literatura,

La bandera partidarista ha desterrado á nuestros buenos poetas; la lira se trocó en espada y las notas en quejidos.

Y en la atmósfera soplan vientos de borrasca como ecos de combate.

La lucha pacífica de la pluma, de la inteligencia y del talento, se ha convertido en la guerra fratricida que deja los campos bañados con sangre hermana.

La poesía erótica, entre la paz de la República, entre la tranquilidad del hogar, ha sido relevada por la poesía sangrienta, sobre cadáveres corruptos y trincheras.

Cabezas necesarias han caído bajo el filo de la espada,

Los ciudadanos están continuamente alertas.

Los cerebros se han obsecado, y algunos hijos del Ecuador se han cubierto con la bandera de la rebelión para impedir que la Patria marche por el camino

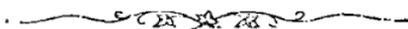
del Progreso, bajo las sombras protectoras de las reformas liberales.

Ese es el cuadro: así está la Literatura en nuestra Patria.

Y ante ese triste cuadro, la juventud parece levantarse.

Tenemos en perspectiva varios periódicos literarios; fúndanse sociedades de jóvenes entusiastas, y comenzamos á sacar de los escombros nuestra literatura, que fué llevada hasta la cumbre por Olmedo, Cordero y Lloná.

"La Idea" comienza á llevar un nuevo rumbo desde hoy; en sus páginas sólo se verá plumas nacionales, y en su prospecto sólo podrá leerse: la unión de los pueblos que comprenden este hermoso jardín del continente Sud-americano.



POSTALES

Al verte, yo he comprendido
Que eres tú, niña gentil,
Un angel que ha descendido
A formar aquí su nido
Entre las rosas de Abril.

*
* *

Todo ante tí, postrándose de hinojos,
Admira tu hermosura inmaculada,
La blanca luz de tu infantil mirada,
La fresca rosa de tus labios rojos.

Y es que el gentil Cupido, que es travieso,
Y que tiene unos labios seductores,
Libó el nectar del cáliz de las flores
Y lo obsequió á tus labios en un beso.

Y al ver el Sol tu espíritu asomado
En la luz de tus ojos, niña mía,
Un rayo de su luz robóle al día
Y lo dejó en tus ojos retratado.

*
* *

Qué lindos labios que Dios te dió!
No los ocultes, niña hechicera,
Que ellos son flores de primavera
A cuyo cáliz nadie llegó.

Qué bellos ojos para inspirar
Al triste bardo que vaga errante!
No los ocultes un solo instante
Que ellos enseñan lo que es amar.

Tienes tan puro tu corazón,
Que tus sonrisas y tus miradas
Y tus mejillas inmaculadas
Siempre reflejan una ilusión.

Vive dichosa, niña gentil,
Sin amaguras, sin decepciones,
Y entre placeres y entre ilusiones,
Orlen tu dicha rosas de Abril.

*
* *

Los blancos rayos de tus pupilas
De tu inocencia los astros son,
Ellos retratan las intranquilas
Palpitaciones del corazón.

Tú eres la rosa lozana y pura
Y es tu perfume tu albo candor,
Y siempre unidos á tu hermosura
Van los matices de tu pudor.

Hay en tus ojos, bella chiquilla,
Los blancos rayos de la ilusión;
Que nunca en ellos la luz que brilla
Llegue á apagarla la decepción.

Que sea tu senda llena de flores;
Que nunca á tu alma llegue el dolor,
Y que en ensueños arrobadores
No halles espinas en el amor.

*
* *

¿Una postal para usted?
¡Qué compromiso, Dios santo!
Lucila, si yo no canto,
Como usted muy bien lo vé.
Yo adivino [no lo sé]
Que es usted bella y hermosa,
Que es la más fragante rosa
En el jardín de la vida,
Y que cruza bendecida
Una senda venturosa.

Que tiene usted unos ojos
Que sus virtudes retratan,
Y que á veces hasta matan
Cuando hay íntimos enojos;
Que nunca ha pisado abrojos
Ni ha palpado la amargura.
Porque es tanta la ternura
Que en su corazón encierra,
Que no se encuentra en la tierra
Una alma más tierna y pura.

Todo esto yo lo declaro
 Sin haberla nunca visto,
 Y este suceso imprevisto
 Yo con nada lo comparo;
 Si yo os conociera, es claro,
 Cantara con suave acento
 Vuestro tierno sentimiento,
 Vuestras dichas celestiales,
 Y escribiera en mil postales
 Lo mejor del pensamiento.

*
 * *

Ayer te ví por la calle
 Airosa, moviendo el talle
 Con salero sin igual;
 Y tuve en ese momento
 Un curioso pensamiento
 Para escribir la postal:

—
 Si esta es la bella Lucila,
 En cuyos ojos titila
 Puro y cándido el amor;
 Que le otorgue un rinconcito
 En su corazón bendito
 A este pobre trovador.

*
 * *

En la gracia y el salero
 De tu cuerpo, niña mía,
 Hay el dengue zandunguero
 De la sal de Andalucía.

—
 Tu sonrisa es un veneno
 Para el hombre que te quiera,
 Y en las gracias de tu seno
 ¡Qué feliz el que se muera!

Tus mejillas nacaradas,
Al verlas con embeleso,
Retratan dichas soñadas;
La inmensa dicha de un beso.

—
¡Quién tus labios no besara
Como ardiente mariposa,
Mi espíritu los compara
Con el cáliz de una rosa!

—
Yo quiero niña hechicera,
Ante tu alma inmaculada,
Que una eterna primavera
Encuentres en tu jornada.

—
Y que al descorrerse el velo
De la tumba oscura y fría,
Vayas á ser en el cielo
Un astro que alumbre el día.

—o:~o:—

¡ESCUCHA!

—o:~o:—

Vanas protestas son: si con empeño
me quieres recordar aquel pasado,
cuando mi vida fué constante sueño,
donde tu faz ví siempre, enamorado;

Si intentas que al recuerdo de esas horas,
que rápidas pasaron, vuelva, amante,
á buscar tus caricias seductoras,
y á inebriarme en tus ojos delirante;

No podrás conseguirlo: ya la duda
en mi alma penetró cual dardo acerbo,
y de este mundo en la contienda ruda
solo tengo la rabia del protervo.

Ya todo lo olvidé; solo me queda
un corazón repleto de amargura,
y un cuerpo miserable que ya rueda
buscando con placer la sepultura.

Me queda la experiencia del pasado
para mirar al mundo indiferente,
y al bajar á la tumba habré dejado
mi eterna maldición sobre tu frente!

Lira y Espada

La épica trompa de Junín, sonora,
Desde la excelsa cordillera andina,
Llevando va del prado á la colina
La nueva de la hueste triunfadora.

Al brillo de la espada salvadora,
Grito de triunfo la extensión domina
Y ante el insigne redentor se inclina
La nívea cumbre que Factonte dora.

Lanza sus ondas el bullente Guayas,
Hácia la Patria la victoria lleva,
Y ante aquel eco de viril denuedo
Se oye brotar de las nativas playas,
Entre el incienso que al cenit se eleva,
El canto heróico del divino *Olmedo!*

Maldición

Vine al mundo una noche seductora,
Una noche de encantos y hermosura,
Y lleno de inocencia y de ternura
Seguí por una senda halagadora.

Apareció después la dulce aurora
De hermosa juventud, y senda impura
Me llevó de amargura en amargura
Y consumió mi vida hora por hora.

Y hoy que quiero buscar seguro abrigo
En el sueño tranquilo y reposado
Que con la muerte se halla, pienso y digo,

Recordando ese tiempo que ha pasado:
¡Oh mundo miserable! ¿qué me has dado?
Misericordias nada más: ¡yo te maldigo!.....

Noches de Invierno

Llegaron ya mis noches.

Mi eterna compañera, la tristeza, ha estrechado mi espíritu ante la llegada del Invierno.

Un cielo cubierto de nubes, sin estrellas y sin luna, es para mi alma la imagen de la dicha.

Los recuerdos vienen como ráfagas fugaces de otros tiempos; la Naturaleza parece que canta un himno de tristeza que hace recordar el ocaso de la vida, y es entonces bella, porque cada una de las



notas de ese himno me parece una hora de mi pasado, una lágrima que descendió de mis ojos, una ingratitud de la mujer amada, y por último, un saludo que me envía la sepultura que ha de encerrar mis despojos.

Que la tristeza, cuando se persigue un ideal y se mira que caminamos sobre lo que es la dicha, es la esperanza, es el olvido de que existe la alegría.

¡Qué bello es contemplar en las tristes mañanas del Invierno, las aves refugiadas en sus nidos, los árboles cubiertos de rocío, y sentir aquella brisa húmeda que tiene algo de la frialdad del alma, cuando ésta se envuelve en el manto del escepticismo!. ¡Qué hermosas son las noches, cuando después de la lluvia comienza á aparecer allá á lo lejos, pálida, la luna, abriéndose paso entre nubes que se esfuman como ráfagas!. Y si en medio de ese silencio escucháis de improviso un vals de Juventino Rosas, ó alguna melodía que os impresione, recordad vuestro pasado, recorred hora por hora aquel tiempo que pasó como meteoro, y vendrán á vuestra imaginación las ingrati- tudes de la mujer amada, el falso beso que imprimió en vuestros labios; las noches que pasásteis solitarios en vuestro cuartito de estudios, y todas aquellas escenas que guían hácia el suicidio cuando se las recuerda estando sumergidos en un abismo de dudas y miserias:

¡Benditas seáis, noches hermosas del Invierno!

Vosotras venís para atraer mi espíritu hacia la meditación de las horas tristes!
Benditas seáis!

PATRIA

[1895-1901]

(1895-1901)

¡Oh Patria de mi amor; Patria bendita!
¡Cuántas veces surgiste del abismo!
Parece que por tí se hallára escrita
Esta santa palabra: Patriotismo!

Y nacieron los héroes por tu gloria,
Inmensos en valor, como los Andes;
Héroes habrán talvez en otra Historia,
Pero jamas como los tuyos: grandes!

Mas, el día pasó. Vino la noche,
Y entre la sombra el porvenir se agita:
La flor es bella cuando vive en broche;
Abierta su corola, se marchita!

Y tuvo el Sol su Ocaso,
Vino la noche al declinar el día,
Y penetraba á todas las conciencias,
Negras como la noche que nacía!

¿Dónde la Libertad? ¿Dónde la Gloria?
¿Dónde el valor y la honra de tus hijos?
Los héroes de tu Historia
En la deshonra de tu nombre fijos!

Al trémulo fulgor de luz incierta
Se vió surgir patíbulo infamante.
Tendida sobre el ara,
Pálida de dolor, agonizante,
Tu sacra libertad.

¡Férreas cadenas
De oprobio vil que el patriotismo exalta!
¿Dónde estaba la sangre de tus venas?
¿Qué se hizo tu valor, ecuatorianos?

El cuervo hambriento, en forma de tiranos,
Tendió á la presa sus falaces garras;
Y allá, los hijos de la Gran Colombia,
Al contemplar tu honor que sucumbía,
Talvez se estremecieron en sus tumbas
Cuando el *Anciano Luchador* reía!

Se oyó de esclavitud el hondo grito,
Y al verse entre cadenas aherrado,
El noble pueblo levantóse airado
Y pidió redención á lo Infinito!

*
**

Mas, Dios era el tirano
Del Capitolio en las inmensas salas;
Devorando su presa en el pantano
Y sin poder volar por falta de alas!

El Crimen imperando sobre el solío,
La Libertad bendita, prisionera,
Y flameando en el negro Capitolio,
Talvez avergonzada, tu bandera!

¿Y aqué era tu Dios? ¿Aquél que un día
Vió ante su paso levantarse palmas;
Que emocionado de placer veía
Postradas a sus pies millares de almas?

Hoy pagas el tributo:
El incienso ha subido hasta el tirano
Y te devuelve el fruto,
Que es tu baldón ¡oh pueblo ecuatoriano!

Contempla tu presente,
Reconcentra tu espíritu al pasado,
Y vé sobre tu frente
El triste signo de tu honor manchado!

* * *

¡Oh, cuánto deshonor allá en la cumbre!
Cuánta virtud sumida en el abismo!
Y á través del inmenso cataclismo
Se mira descender, avergonzados,
Los héroes que en Junín y en otros hechos,
Por la gloria y el Triunfo coronados,
Defendieron ¡oh Patria! tus derechos.

¿Murió el valor? Se corrompió la espada!
¿Murió el honor? se corrompió el guerrero!
¿Cuándo en los tiempos de la edad pasada
No fué en la lucha sucumbir primero?

Justo es morir cuando la Patria muere,
¿Quién al honor la esclavitud prefiere?
Mas, no fué la impotencia tu pecado:
¿Cuántas veces las patrias rendiciones
El pueblo ha conquistado
Contemplando su cuerpo hecho girones!
Faltó á tu patriotismo aquella lumbre
Que es luz del pensamiento;
¿No hay insectos que van hasta la cumbre
Y bajan de la cumbre su alimento?

Y triste decepción: se vió ese día,
Al escribir su página la Historia,
Un Credo redentor que sucumbía
Envuelto por sus hijos en la escoria!

Y al sucumbir tu redención bendita,
Entre las sombras, como signo impuro,
Surgió de pronto tu sentencia escrita:
La triste esclavitud de tu futuro!

Gimió la Libertad aletargada
Y la opresión surgía,
Y sobre negras bases levantada
Tu insignia inmaculada
Ante el Progreso y el Honor moría!

* * *

Surja el poeta y su valiente lira
Sea el arma noble en el mortal combate;
Cuando el amor de Patria al héroe inspira
El corazón del héroe no se abate!

Oh Patria de mi amor! Si el infortunio
Batió sus negras alas;
Si es tu destino sucumbir inerte
Y despojada de tus áureas galas,
Antes que esclava y deshonrada verte
Venga, oh Patria infeliz, ¡venga la Muerte!



